CUADERNOS
historia 16

Los Imperios africanos
José U. Martínez Carreras



274

Entrega n.º 274 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a los imperios africanos.

José Urbano Martínez Carreras

Los Imperios africanos

Cuadernos Historia 16 - 274

ePub r1.0
Titivillus 02.04.2021

Título original: *Los Imperios africanos*
José Urbano Martínez Carreras, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Chapa de bronce de Benin, Nigeria. (Museo Británico, Londres).

Indice

Los grandes imperios medievales africanos

José U. Martínez Carreras

Historiador. Universidad Complutense de Madrid

La historia de África en general, y del África subsahariana en concreto, está siendo objeto de una continua y profunda revisión historiográfica desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde que los países de África, al haber accedido a la independencia, participan activamente en la vida de la comunidad internacional y en los cambios mutuos que son su razón de ser.

Como escribe Amadou Mahtar M'Bow en el Prólogo al tomo IV de la *Historia General de África* publicada por la UNESCO, cada vez un mayor número de historiadores se han esforzado en abordar el estudio de África con más rigor, objetividad y amplitud de espíritu, utilizando, con las precauciones de costumbre, las fuentes africanas mismas, En el ejercicio de su derecho a la iniciativa histórica, los africanos por SÍ mismos han sentido profundamente la necesidad de restablecer sobre bases sólidas la historicidad de sus sociedades.

Uno de los periodos de la Historia de África que últimamente de manera más intensa está siendo sometido a esa revisión científica y crítica es el que la historiografía define como la *Edad Media africana*. Sobre esta época, los trabajos se multiplican desde hace unos años. La nueva consulta de las crónicas musulmanas y cristianas ofrece indicaciones válidas sobre la evolución general del África subsahariana en este sentido. A estas crónicas se unen las informaciones suministradas por la arqueología que revelan el contenido oculto de las viejas piedras del continente negro.

Así, con la ayuda de los conocimientos facilitados por los viajeros y cronistas árabes y europeos, junto con la de los trabajos históricos recientes, se pueden trazar los grandes rasgos de la historia de uno de los periodos más prestigiosos del continente negro: la Edad Media, que se extiende desde el

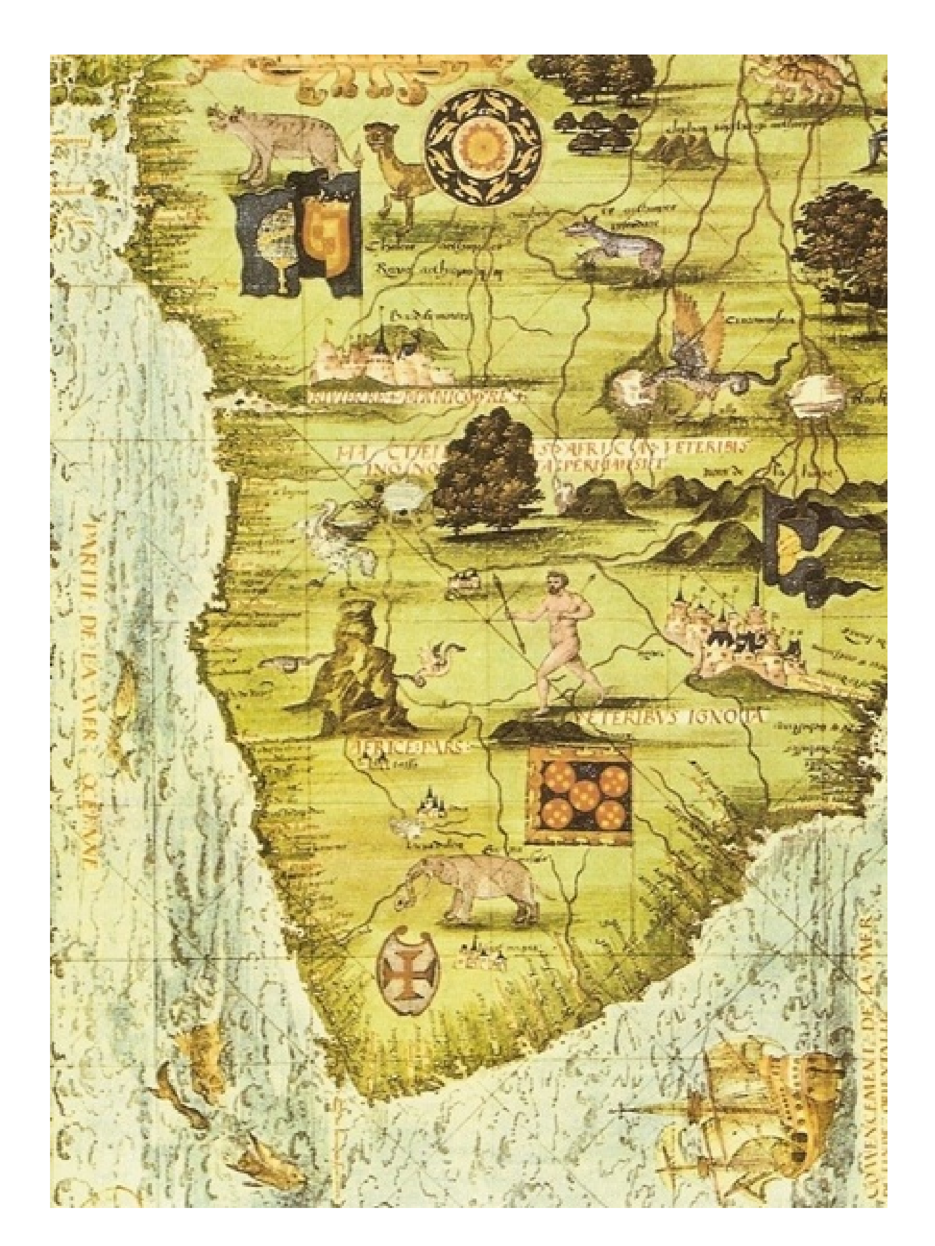
siglo XII hasta finales del XVI, y se caracteriza por el surgimiento de un tipo de organización social y económica especifica y por una cierta mentalidad.

Para D. T. Niane, dentro de esta época, el periodo que se extiende desde el siglo XII al XVI es un periodo privilegiado como ninguno, en el que se ve cómo África desarrolla culturas originales y asimila las influencias exteriores conservando toda su personalidad. Varios rasgos esenciales caracterizan este floreciente período:

— En primer lugar, es el triunfo del Islam en gran parte del continente, teniendo esta religión por propagadores a la vez a guerreros y comerciantes. Los musulmanes se mostraron excelentes mercaderes y dominaron el comercio mundial, contribuyendo a desarrollar las ciencias, la filosofía y la técnica por todas partes donde llegaron a asentarse. El hecho esencial para África es que ésta imprime su sello original al Islam, tanto en el África septentrional como en el vasto Sudán, al sur del Sahara.

— Un segundo aspecto que se desprende de este periodo está Íntimamente unido al Islam y a su expansión: se trata del extraordinario desarrollo de las relaciones comerciales, de los intercambios culturales y de los contactos humanos. Por toda África hombres y bienes circulan libremente, estableciéndose una auténtica unidad cultural, y convirtiéndose el continente en una encrucijada comercial internacional en muchos aspectos, ejerciendo un gran atractivo sobre el resto del mundo. No menos intensas son las relaciones interregionales, siendo recorrido el Sahara de norte a sur por grandes caravanas. África conoció en este periodo intercambios seguidos entre regiones, lo que explica esa unidad cultural fundamental del continente.

— Un tercer hecho muy importante que subrayar es el desarrollo de los reinos e imperios que durante esta época experimentan una gran expansión y apogeo. África ve nacer y desarrollarse en esta fase varios grandes Estados que se configuran políticamente gracias a una economía diversificada y a una cultura brillante que se proyectan hacia el exterior. Esta evolución y desarrollo iniciado en torno al siglo IX y antes de declinar en el XVI, están basados en un marco geopolítico particular. Así, al reino de Ghana, que se forma y desarrolla en los primeros siglos medievales, le suceden cronológicamente los más importantes imperios de Malí y Songhay, junto a otros reinos destacados, aunque en un segundo plano en relación con los ya citados, como los de Kanem-Bornu, Benin, Congo y Zimbabwe-Monomotapa, que sobresalen sobre otros menos importantes.



África subecuatorial en un mapa del siglo XVI *(por Le Testu).*

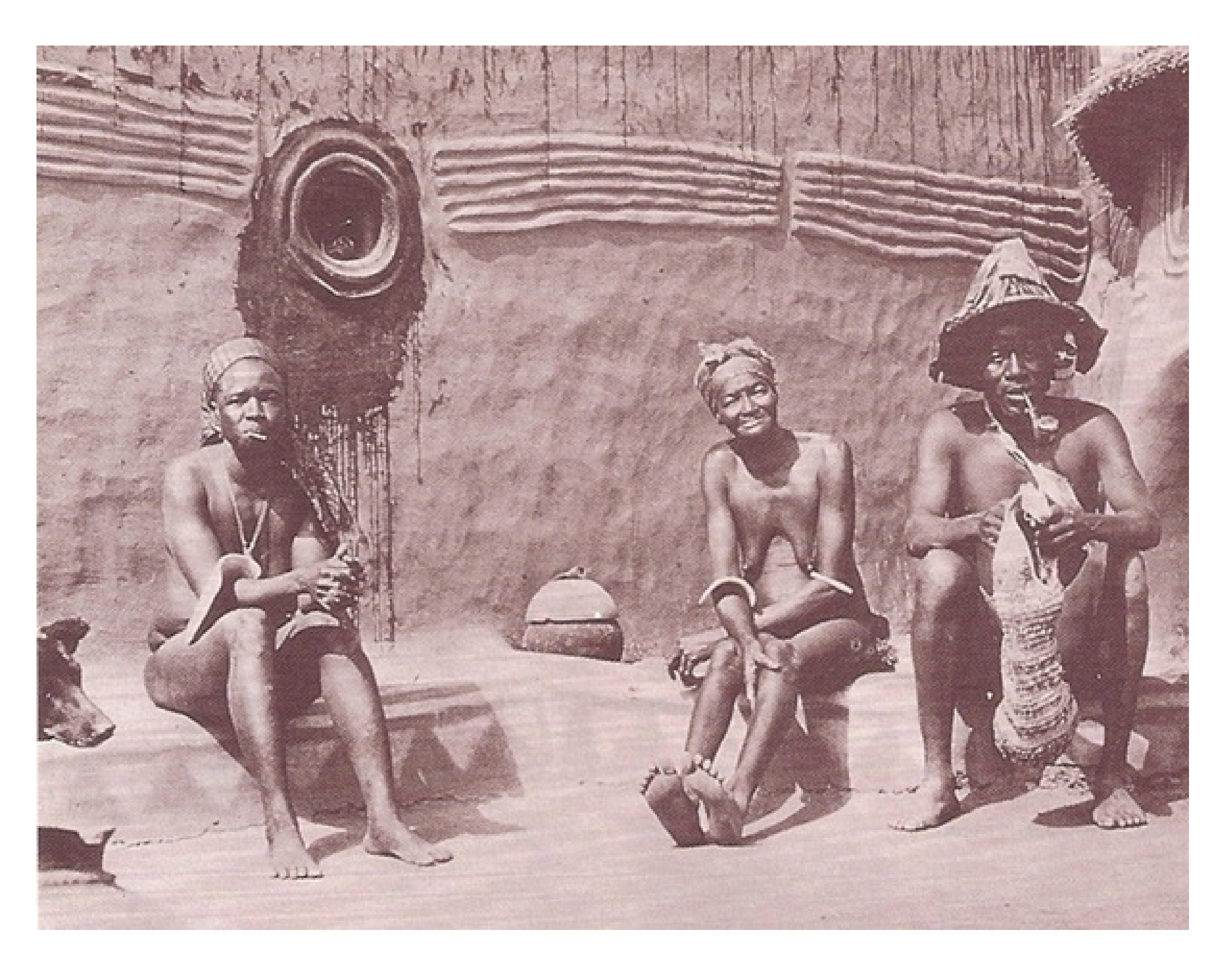
J. Ki-Zerbo opina que a partir de fines del siglo XII y hasta finales del XVI África negra va a conocer el auge simultáneo de todas sus regiones desde el punto de vista económico, político y cultural. Estos cuatro siglos merecen ser denominados la gran época del África negra. Los países africanos negros han alcanzado en este periodo cierto equilibrio, tras una fase previa de movimientos migratorios, de contactos y de intercambios más o menos beneficiosos con el exterior, por intermedio de los árabes, así como una fase de auge demográfico más o menos masivo, equilibrio que se ha plasmado en realizaciones sociopolíticas elevadas, que colocaban a estos países al paso del mundo. Pero este progreso vigoroso y sostenido, iniciado en el siglo IX, va a ser detenido bruscamente en el XVI.

En la región del Sudán occidental, en los confines del Sahara, entre el río Senegal y el lago Chad, sobre las márgenes del río Niger, es donde desde los primeros siglos de la Edad Media se forman y desarrollan los tres grandes imperios africanos más prestigiosos, que se suceden en el poder y en el dominio de la región, eclipsando cada uno de ellos a su predecesor: Ghana, Malí y Songhay.

El primer reino o imperio negro que se conoce con suficiente precisión es el de Ghana, gracias a las informaciones transmitidas por dos cronistas árabes: lbn Hawkal, que viajó desde Bagdad hasta las orillas del Níger, o por lo menos hasta Awdaghost en el año 970, y que no duda en decir que el emperador de Ghana *es el hombre más rico del mundo gracias al oro*; y Al-Bakri, escritor árabe de Córdoba, que un siglo más tarde en su célebre *Descripción de África septentrional* (1087) proporciona detalles precisos sobre el imperio.

Ghana se hallaba situado al norte de las dos curvas divergentes de los ríos Senegal y Níger, y englobaba esencialmente al Awkar, en el norte, y al Hodh, al sur. El territorio de Ghana se extendía así desde el norte y el noreste del alto Níger hasta la ruta del oro en el sur. La región era denominada con frecuencia Wagadu —país de los rebaños— y, en efecto, el Sahel sudánico se beneficiaba entonces de un clima húmedo que favorecía la cría de ganado e incluso la agricultura. Además, su situación en contacto con dos zonas, la sahariana y la sudánica, de producción variada e incluso complementaria, había fijado de modo natural la región a una floreciente función comercial. Cronológicamente, el reino de Ghana se sitúa entre sus confusos orígenes en el siglo VIII, hasta que su capital es tomada por los almorávides en el año 1076, que le hace entrar en una lenta decadencia que llega a su final en la primera mitad del siglo XIII.

Como se ha indicado, los orígenes de este reino son confusos. Así como su historia en los siglos VIII y IX, hasta que los cronistas árabes dieron noticia de su existencia y de su esplendor. En estos primeros siglos habitaban el Hodh y el Awkar pastores de origen bereber y agricultores sedentarios negros sin contar los numerosos grupos mestizados. El elemento dominante estaba constituido por los Ba fur —bambara o mande, tukulor, wolof y serer— sin olvidar a los songhay en el este. Los soninké, sobre todo, deben ser considerados los verdaderos fundadores del imperio de Ghana.



Familia ghanesa ante su casa, en Singu, descendiente de aquellos que hace diez siglos formaron uno de los mayores imperios africanos.

Varias tradiciones y leyendas han sido recogidas por los autores al tratar sobre los orígenes de Ghana. Así R. Cornevin da cuenta de la existencia de una dinastía de cuarenta y cuatro príncipes blancos, posiblemente de origen bereber, que reinó sobre el Wagadu en la primera mitad del siglo VIII, y que dominaban a los soninké. Estos blancos se fueron mestizando cada vez más profundamente hasta dar lugar a una dinastía puramente negra. Según Delafosse, debido a un enfrentamiento de palacio entre los reyes de origen blanco y los dignatarios negros de la corte, a finales del siglo VIII, un dirigente soninka se rebela contra el rey y toma el poder el año 790, transformándose con el nombre de Kaya Maghan Sissé en el primer rey negro de Ghana, fundador de la dinastía de los Sissé, y comienza la expansión y el engrandecimiento del reino.

En opinión de J. Ki-Zerbo, el origen del reino es, casi con seguridad, autóctono, aun en el caso de que el comercio de sangre y de bienes con los bereberes o semitas saharianos haya podido tener alguna participación. En todo caso, es con la dinastía negra de Sissé con la que el reino se formó y se impuso en la historia adquiriendo las proporciones de un verdadero imperio a

partir del siglo X, extendiéndose desde el Tagant al alto Níger, y del Senegal a Tomboctú, y dominando otros reínos, como los negros del sur: Tekrur y Sosso, la región del delta central del Níger en el este, y principados bereberes como los de Walata y Awdaghost.

Una vez configurado el reino de Ghana con la dinastía de los Sissé, a lo largo del siglo IX comenzó su expansión y engrandecimiento, conquistando y dominando los reinos vecinos y extendiendo sus fronteras: Aukar y Bagaría, Diaga, Kamaga, el norte de Bélédugu y de Kaarta, Kingui, Diafunu, Uagadu y el reino Sosso, así como una parte del Hodh y del Tagant. Los limites extremos de este reino se situaban entonces al este del Nigger, constituyendo la región de Tombcctú la rontera exterior; al norte, los reinos bereberes de Mesufa, Lemtuna y Goddala que se encontraban en una situación de semivasallaje: al sur el río Senegal era la frontera, mientras que Galam, el valle inferior del Falémé y gran región aurífera, no se sabe si estaba integrado o no en el reino de Ghana: y al oeste quedaba el reino bereber de Awdaghost que será sometido más adelante.

A mediados del siglo IX se produce un gran levantamiento bereber que domina e integra a varios reinos, sucediéndose la dinastía dominante de Lemtuna hasta comienzos del siglo X, cuando se disuelve la unidad bereber. Entonces el reino de Ghana restablece su autoridad sobre el Hodh y el Tagant. Es en esta época cuando el reino de Ghana domina al reino bereber de Awdaghost. Este reino tenía su centro en un oasis cuyo establecimiento humano databa del siglo VI, aproximadamente, constituyendo un importante emporio de mayoría bereber. Entre los siglos IX y X estos bereberes, bajo la dirección de sus príncipes, sometieron a tributo a varios pueblos negros, pero no a Ghana, detentando un gran poder. El poderío de Awdaghost no se prolongó durante mucho tiempo y en el año 990 el reino de Ghana tomó la iniciativa ocupando Awdaghost y nombrando un gobernador negro que se instaló en su capital, controlando las caravanas de sus vasallos bereberes.

A esta época, desde mediados del siglo X, corresponde el apogeo del reino de Ghana que se prolongó a lo largo del siglo XI hasta la invasión almorávide. En este momento de plenitud, el reino se extendía al sur hasta las minas de oro del Faleme y Bambuk, en las riberas del Níger, y al este hasta la región de Tomboctú; al oeste hasta la actual Mauritania, y al norte se perdía en el Sahara. Constituía entonces este reino un Estado próspero que obtenía sus ingresos y beneficios del rico comercio del oro y de otros productos que atravesaban su territorio en las caravanas. Los viajeros árabes que conocieron Ghana en este período quedaron impresionados por su prosperidad y

seguridad del reino. Sobre su organización política, J. Ki-Zerbo escribe que el Gran Consejo del Rey comprendía a altos dignatarios, algunos de los cuales eran ex esclavos o musulmanes, hacia los que mostraba una benévola tolerancia, quedando también asociados al gobierno los hijos de los monarcas vencidos que permanecían en la corte como rehenes.

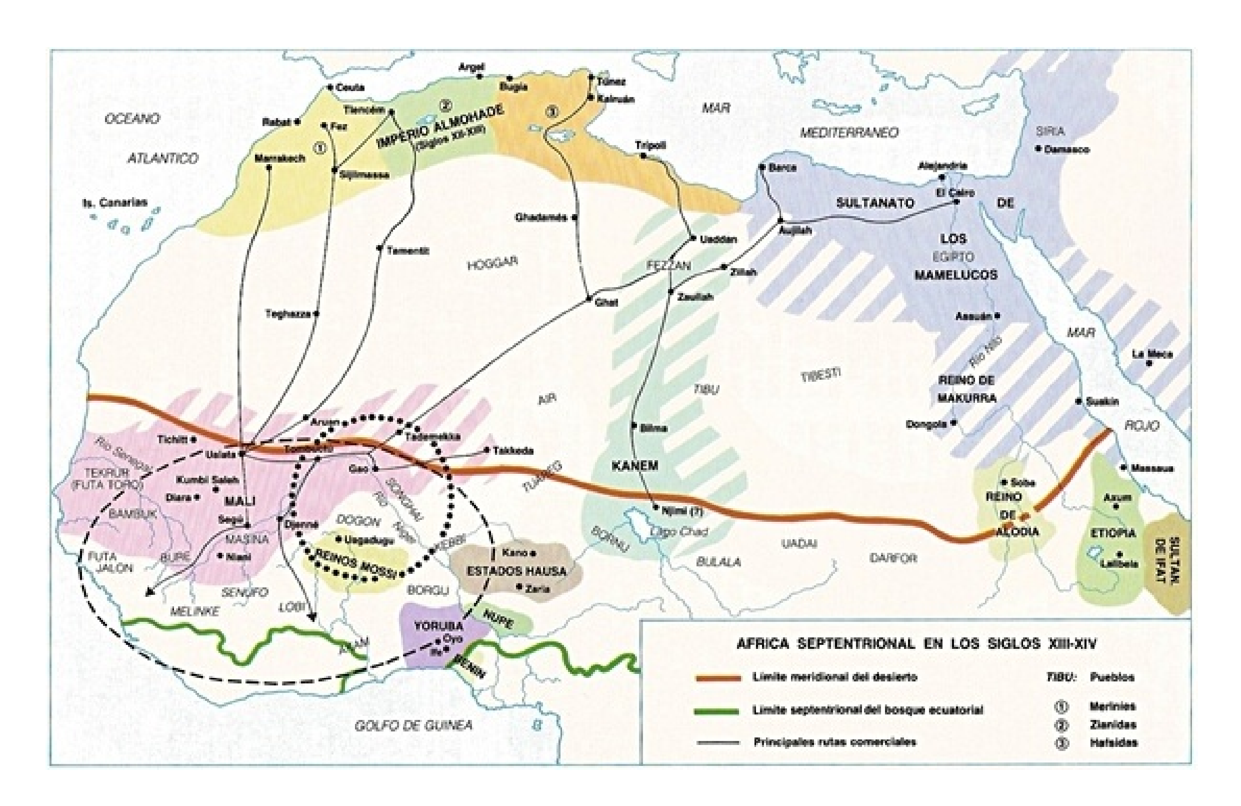
Sólo se conocen algunos nombres de emperadores, como los de Basi y su sucesor Menin, que reinaron a mediados del siglo XI. La sucesión era matrilineal, y el emperador no era musulmán, sino animista, como la mayoría de sus súbditos. El principal culto era el del dios-serpiente de Wagadu, antepasado-tótem de los Sissé. La corte era de una gran magnificencia y resplandecía por su profusión de oro. El rey, cubierto de oro y joyas, presidia las recepciones públicas, rodeado de su guardia personal. El monarca disponía de un ejército de unos 200.000 hombres, de los que cuarenta mil eran guerreros equipados de arcos y flechas, además de caballería.

La localización del lugar donde se encontraba la capital del reino ha sido objeto de diversos y controvertidos estudios. Al final, los autores parecen coincidir en que ésta era la ciudad conocida como Kumbi Saleh, de la que los cronistas han dejado cuidadas descripciones. Era ésta una vasta ciudad formada por dos grandes barrios separados entre sí. Uno de ellos, situado en la llanura, estaba habitado por los comerciantes extranjeros, árabe-bereberes, por jurisconsultos y sabios distinguidos y era de predominio musulmán, contando con doce mezquitas y escuelas coránicas; también lo habitaban artesanos y asalariados. El otro barrio, que se hallaba a unas seis millas del primero, era la ciudad real, reservada a las gentes del país, no musulmanes, agrupada en torno al palacio real y rodeada de bosques sagrados. Allí residía la casta de los sacerdotes y se encontraban las serpientes sagradas y las tumbas reales, además de algunas prisiones. La residencia real se componía de un castillo y de varios edificios, todo rodeado de un gran muro, estando el palacio adornado con esculturas y pinturas. Ambas ciudades quedaban unidas por una amplia avenida bordeada de casas de piedra y de madera.

En cuanto a la vida económica del reino, ésta era bastante compleja. La presencia de pozos y de numerosos jardines denota cierto bienestar agrícola. La riqueza del Estado se apoyaba esencialmente en el comercio, sobre todo del oro, que provenía de las regiones meridionales del reino: de Galam, de Bambuk e incluso de Bure, por intermedio de los mercaderes llamados wangara. El soberano ejercía una especie de monopolio sobre este oro. También se dedicaban a este comercio los mercaderes magrebíes, que intercambiaban sus productos con los indígenas —lanas, algodón, sedas, sal

—, a cambio del oro mediante el sistema del *comercio mudo*. Además del oro, los mercaderes se llevaban consigo hacia el norte marfil, gomas y esclavos. Las caravanas tomaban la gran ruta que unía el África negra con el Maghreb, pasando por Awdaghost o Walata y por Sidchilmasa, capital de los bereberes zenata, situada en el Tafilalt, al sur de Marruecos.

Esta situación de plenitud del reino de Ghana se mantuvo a lo largo del siglo XI, hasta que en su último tercio la expansión almorávide y del Islam provocó unas serias alteraciones que llevaron a la liquidación de este gran imperio negro. A comienzos de este mismo siglo Marruecos ocupó el primer lugar entre los pueblos del Maghreb. Y entre ellos fue un dirigente, Ibn Yasin, el que levantó el imperio almorávide entre los bereberes, se fundó Marrakech como capital en 1062, y se extendió desde Marruecos y Al-Andalus hasta el río Senegal, dominando todo el África sudánica occidental, e iniciando los ataques contra Ghana. En el año 1055 Ibn Yasin conquistó Awdaghost, y en 1076 otro caudillo almorávide, Abu Bakr, tomó la capital de Ghana, anexionándose sus territorios, y entrando el reino en una larga fase de decadencia que lo transforma en vasallo de los almorávides, que a comienzos del siglo XII dominan un gran imperio que se extendía desde el río Ebro hasta el Senegal, siendo a su vez desplazados y sustituidos a mediados del siglo por los almohades.



Los imperios africanos del noroeste. El óvalo marca, aproximadamente, la extensión del imperio de Ghana, y el círculo de puntos lo que fue el imperio Songhay.

El reino de Ghana, por su parte, entró tras la derrota ante los almorávides, como se ha indicado, en un largo proceso de decadencia y desmembramiento, iniciado desde los mismos últimos años del siglo XI. Los distintos pueblos sometidos se van separando del dominio de Kumbi, que se muestra incapaz de controlarlos. El país se va islamizando bajo la influencia bereber, y el reino se va empobreciendo como resultado de los daños causados al comercio por la inseguridad de las rutas caravaneras y por la desecación ulterior del Sahel, acentuada por el abandono de los cultivos y el cegado de los pozos. Las caravanas se desvían hacia Tomboctú y Gao, y el reino de Ghana, entonces reducido al Awkar y al Basikunu, se convirtió en una región sin atractivo.

Este es prácticamente el fin de este importante reino negro animista. La ciudad de Kumbi no ha desaparecido todavía, pero va desempeñando progresivamente un menor papel comercial a lo largo del siglo XII. Pronto los musulmanes se refugiaron en Walata, sobre todo después de que Kumbi fuera saqueada por el rey de Sosso en 1203. Ghana quedó así definitivamente debilitada por los ataques de los Sosso. Desde entonces, Ghana languideció hasta ir desapareciendo y pasar sucesivamente de la órbita de Sosso a la del nuevo imperio de Malí en 1240.

El período comprendido entre los siglos XI y XVI es la gran época de la islamización del Sudán. Es también la época de las sucesivas hegemonías Soninké, Sosso, Mandingja, Songhay, Haussas y Bornu. Estas hegemonias, si conllevan en ocasiones un elemento o componente aristocrático blanco —árabe o bereber—, acaba éste siempre por ser eliminado o absorbido por el sustrato africano negro.

Cuando se produce la expansión y las conquistas almorávides, un grupo de clanes Soninké procedentes de Kaniaga se unen a sus compatriotas que estaban ya instalados en la región desde el siglo VIII, siendo probablemente cuando se constituye el reino de Kaniaga. Los descendientes de estas uniones mixtas son conocidos como Sosso —descendientes de So—. A comienzos del siglo XIII, probablemente entre 1180 y 1230, llegó este reino a su apogeo, y en 1203 ocupó la capital de Ghana, incorporándose sus territorios de Aukar, Bagaría y Diaga. En 1224 fundaron Ualata, que desde entonces reemplazó a Ghana como puerto caravanero y como centro de instrucción musulmana. Y en 1230 entraron en guerra con los Mandinga.

El pueblo mandinga comprende varios grupos o subgrupos dispersos por toda la zona sudano-saheliana, desde el Atlántico hasta el Air y con profundas incursiones en el golfo de Benin. A fines del siglo XI se pueden distinguir tres grandes grupos: los soninkés, fundadores de Ghana; los sosso, al sur; y más al sur, los mandingas o maninkas, en la cuenca alta del Níger.

Entre la toma de Kumbi por los almorávides en 1076, y la fecha del nacimiento de Malí en 1235, se dispone de pocas fuentes escritas sobre el Sudan occidental. La segunda expansión mandinga correspondió a la emergencia de Malí; los clanes mandingas que partieron del alto Níger llevaron la guerra hasta el Atlántico, al oeste, y se establecieron en Senegambia; los mercaderes mandingas introdujeron en el siglo XIV el islamismo en el país haussa y lo prolongaron hacia el sur adonde iban a comprar la nuez de cola y el oro a los pueblos no afectados por el Islam. Esta expansión de los mandingas fue a la vez guerrera y pacífica. El imperio mandinga entró en declive en el siglo XV, pero la expansión prosiguió hacia el sur. Las noticias sobre Malí proceden de autores árabes como Al-Bakri, Al-Idrisi, Ibn-Battuta e Ibn-Khaldún.

Entre 1220 y 1235 los mandingas, agrupados bajo la dirección de Suniata Keyta, se sublevaron contra el rey de Sosso, que es derrotado en la batalla de Kirina en 1235, y que iba a decidir la hegemonía del Africa sudánica occidental en los siglos siguientes. La victoria de Suniata permitió a éste apoderarse de Sosso, dejando a Malí dueño de todo el territorio. Malí, al someter a los Sosso, sucedió así a Ghana en la soberanía sobre la región. Los jefes, reunidos en asamblea, dieron a Suniata el título de soberano o emperador, desempeñando este rey un papel fundamental en la historia tradicional de Malí, mientras que el sentimiento nacional mandinga iba a permitir ahora el nacimiento de un nuevo y gran Estado.

La obra de Suniata en la construcción del imperio Malí fue extraordinaria. En cuanto a las conquistas militares, sometió a casi todos los países anteriormente controlados por Ghana, confirmándose así como su sucesor, y dominando sucesivamente, hacia el oeste, Solof, Senegambia, Casamance y el Kaabu; y hacia el sur, las regiones del alto río Senegal, además de Diaghan y Kita. La dominación del Gran Jolof y Senegambia por el imperio de Malí a mediados del siglo XIII ha sido objeto de estudio por J. Boulegue, exponiendo la influencia que este imperio ha ejercido sobre la sociedad wolof y los reinos malinka de Gambia, que a mediados del siglo XV los europeos constatan son todavía dependientes del imperio de Malí. De este modo, Malí rehízo la unidad del Sudán occidental; sus conquistas fueron proseguidas por su hijo que anexionó Gao al oeste, y Takrur. AsÍ se constituye el imperio de Malí, el segundo imperio negro importante en el Sudán, después del de Ghana.



Brazalete ghanés del siglo VI-XI (Museo del Hombre, París).

También la constitución y las estructuras administrativas del reino fueron obra de Suniata, que igualmente estableció las normas sobre las relaciones entre clanes mandingas, de una parte, y de otra, entre estos últimos y los demás clanes del oeste africano. Existía una Gran Asamblea que era una auténtica asamblea constituyente. Suniata organizó un gobierno compuesto por sus compañeros, y además de militares y de jefes de guerra se rodeó de letrados negros. Su corte fue frecuentada por mercaderes árabes. Había dos tipos de provincias: las primeras que se habían agrupado y cuyos reyes conservaron su titulo, como Ghana, y las provincias conquistadas, en las que al lado del jefe tradicional, un gobernador representaba al rey de Malí. Suniata respetó las instituciones tradicionales de las provincias conquistadas; la administración era también sencilla y el imperio reunió más bien a una federación de reinos o de provincias que a un imperio centralizado. Pero la existencia de guarniciones mandingas en las principales regiones garantizaba la seguridad, al mismo tiempo que constituía una fuerza de disuasión.

Los sucesores de Suniata

Suniata, después de la victoria de Kirina, decidió fijar la capital de su imperio en Niani, en el río Sankarani, en territorio kamara, entonces rico en hierro y oro; el lugar se encontraba encerrado entre las montañas, con un acceso difícil, y defendido naturalmente, además de estar cerca de los lugares de donde procedía el oro, la cola y el aceite de palma, y adonde iban los comerciantes mandingas a vender sus productos. La ciudad se desarrolló muy rápidamente en la vasta llanura, y dos grandes pistas partían de Niani: la ruta de Mandé, que se dirigía hacia el norte, y la ruta de caravanas del nordeste. Niani atrajo a la vez a los mercaderes negros y árabe-bereberes, y se convirtió pronto en capital económica y política del imperio, teniendo una población cosmopolita, porque todas las provincias y todos los cuerpos de oficios estaban allí representados.

En 1250 murió Suniata, siendo sucedido por su hijo Wulen, que reinó hasta 1270. Ibn Khaldún ha dejado en su *Historia de los bereberes* la lista completa de los emperadores de Malí hasta fines del siglo XIV, mostrando también toda la importancia política y económica de este reino en el mundo musulmán del siglo XIV. Wulen supo conservar la cohesión en el ejército, prosiguiendo sus conquistas. Bajo su reinado, los mandingas se apoderaron de Takrur y consolidaron las conquistas de Tiramaghan en Senegambia, haciendo de estas regiones colonias de asentamiento. Después del reinado de Wulen, el imperio estuvo al borde de su ruina a causa de las intrigas de palacio, siendo salvado por Sakuna, general de Suniata, que reemprendió las conquistas, sometió a las tribus tuaregs, reafirmó la autoridad de Malí sobre el valle del Níger y se apoderó de Gao.

Le sucedieron malos soberanos, pero hacia 1307 el trono recayó en un sobrino de Suniata conocido con el nombre de Mansa Musa I, que reinó de 1307 a 1332 aproximadamente, y bajo su reinado Malí alcanzó su apogeo. Fue éste el más conocido de los emperadores de Malí. Una vez en el trono se dedicó, en primer lugar, a consolidar lo ya conseguido y a hacer respetar la autoridad central. Sus generales reafirmaron la autoridad del soberano, no sólo en el valle del Níger sino más allá de Gao, y también en todo el Sahel, consiguiendo la sumisión de los nómadas saharianos.

En 1325 Musa I realizó una peregrinación a La Meca, con una numerosa escolta y gran cantidad de oro, que tuvo resultados espectaculares para la historia posterior del Sudán occidental, y dio origen a una abundante

literatura, sobre todo su estancia en El Cairo, estableciendo sólidas relaciones con los países por los que pasó. Al regreso del viaje, del que se trajo un excelente arquitecto, se dedicó a realizar grandes obras publicas y religiosas en las ciudades de su imperio, que han constituido una obra duradera. También fue mecenas de las letras, y en especial de la literatura negra de expresión árabe.

Es durante este reinado, al regreso de Musa de La Meca tras su peregrinación en 1324-25, cuando Malí conquistó Tomboctú, quedando unido su destino al del imperio mandinga, con lo que contribuye a su desarrollo y embellecimiento y le da su primera organización política, destacando su triple función comercial, religiosa e intelectual, y llegando a ser el Níger el eje dominante del oeste africano. Sobre este río se sitúan los principales centros económicos del Sudán: Djenné, Diaka, Tomboctú y Gao. El desarrollo de Tomboctú data de la época de dominación mandinga, del gran desarrollo del eje nigeriano. Durante cerca de un siglo Tomboctú disfrutó de la paz mandinga.

Bajo uno de sus sucesores, Mansa Suleyman (1336-58), es cuando Ibn Battuta visitó Malí y habitó durante meses en su capital, dando noticias del esplendor del reino. Malí, en su apogeo, bajo los reinados de Musa y de Suleyman, abarcaba todo el África del oeste sudano-saheliano; diversos pueblos y etnias estaban así integrados en un único y mismo conjunto político. Al oeste limitaba con el Atlántico, en la región de Senegambia: al norte con el Sahara, encontrándose hacia el oeste los pueblos bereberes y hacia el este los tuaregs; al sur se extendía hasta el límite de la Guinea superior y las proximidades del alto Volta con los países de los mossi al este, por donde se prolongaba hasta el alto y medio Níger con el país Songhay. El centro del reino se extendía entre el río Senegal al oeste y el alto y medio Níger al sur y este, encontrándose en sus márgenes las principales ciudades: Kangaba y Niami al sur, Tomboctú al centro, Gao al este, y más al norte, fuera del río, Ghana. El centro y sur del imperio estaba atravesado por las rutas que llevaban de los yacimientos de oro del sur hacia Marruecos con el centro, y Libia y Egipto por el este.

Este vasto imperio era, en definitiva, una especie de confederación, teniendo cada provincia una amplia autonomía, y reinos vasallos, como Ghana, no estaban unidos al poder central más que por una alianza simbólica. El mansa o emperador era el jefe del gobierno, a quien rodeaban sus parientes, altos funcionarios y dignatarios. En el siglo XIV, después del reinado de Mansa Musa, el soberano tenía un grupo de secretarios. El

emperador también administraba justicia. El imperio, en su apogeo, en el siglo XIV, tenía doce provincias, que estaban a su vez divididas en cantones, con un gobernador al frente de cada una de ellas. El gobierno provincial era la reproducción en pequeña escala del central. Una organización provincial sencilla, consistente en un encuadramiento de los jefes locales, aseguró a Malí una gran estabilidad. La seguridad de los bienes y de las personas estaba garantizada por una política eficaz y por un ejercito que siguió siendo invencible durante varios siglos.



Peine con la talla de figuras masculina y femenina procedente de la actual Ghana.

Las provincias más importantes eran: la de Tekrur en los cursos medio y bajo del río Senegal, que comprendía numerosas ciudades comerciales: Bambuk, célebre por sus minas de oro y poblada casi totalmente por

mandingas: Zaga o Dia, país de Diafanu, en el valle del medio Níger; Gao, o Songhay, cuya capital era en el siglo XIV una metrópoli en plena expansión, que a finales de este mismo siglo se liberó de la dominación mandinga; la provincia de Sanagana y, finalmente, los reinos aliados de Ghana y Mema. Mandé, donde se encontraba la capital, dependía directamente del mansa.

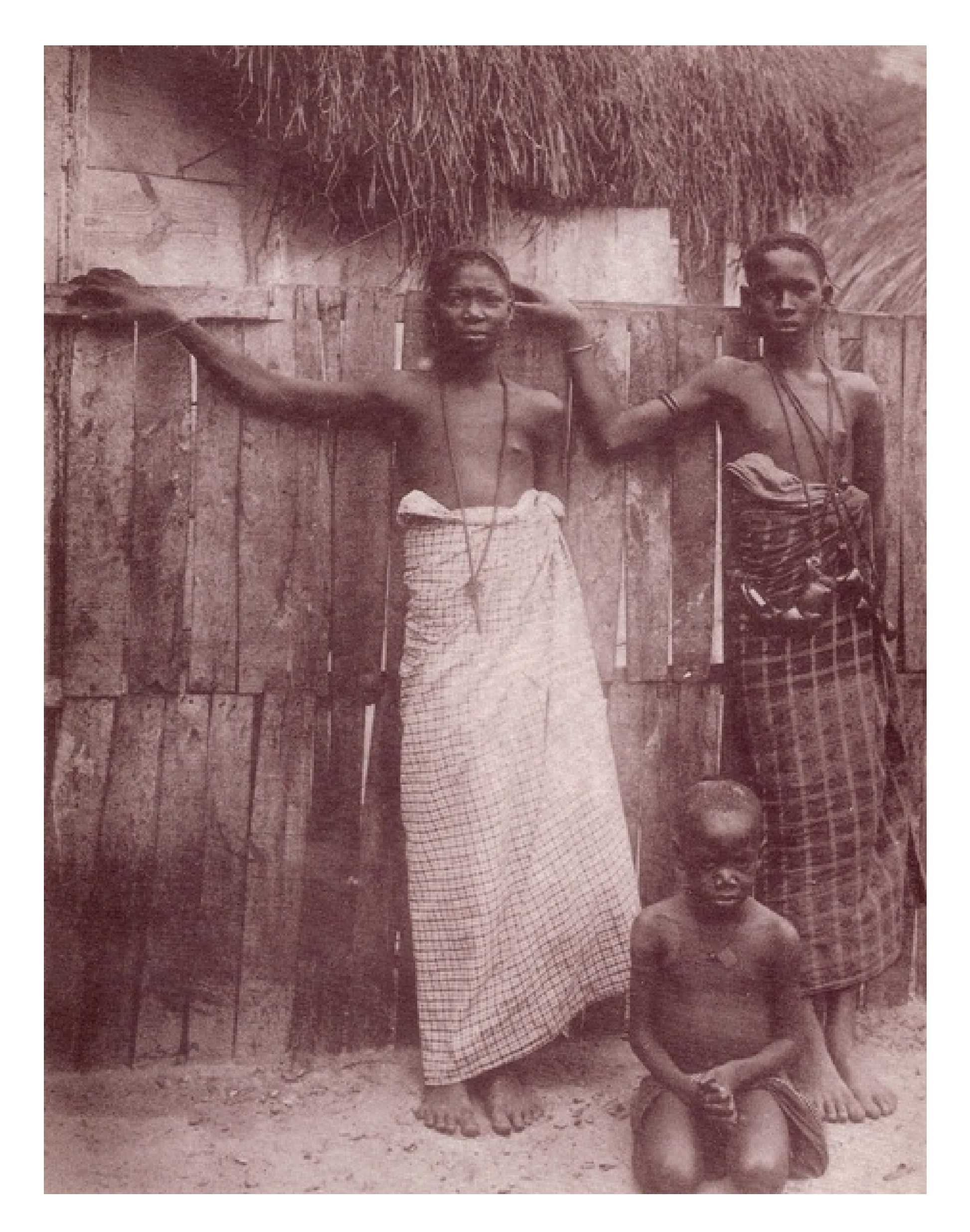
El ejército malí se ha considerado integrado por unos 100.000 hombres, y su fuerza residía en el carácter guerrero y en el sentido de la disciplina de los mandingas, que constituían su elemento más importante. Una guarnición tenía su base en las principales ciudades del imperio, como Walata, Gao, Tombоctú y Niani. La autoridad de los mandingas era efectiva hasta en Taghaza. El cuerpo de élite era la caballería, y además contaba con infantería, cuyos contingentes los proporcionaban las provincias. En su apogeo, el imperio parece que no tuvo ejército de esclavos, y éstos, sólo tardíamente, aparecieron en el ejército de Malí. Las guarniciones estaban asentadas, además, en las fronteras, lo que protegió durante mucho tiempo al imperio contra las sublevaciones y las incursiones de sus vecinos.

La vida económica se basaba esencialmente en la agricultura y la ganadería, que ocupaban a la mayor parte de la población, aunque el imperio era también conocido por su riqueza en oro. Se cultivaba arroz, mijo, alubias y otras muchas legumbres. Abundaban los víveres, lo que permitía mantener un numeroso ejército. Teman ganado bovino, ovino y caprino. También se practicaba la pesca. El artesanado estaba reservado a los hombres de casta, y se trabajaba el hierro, las pieles y el cuero, además del oro y los textiles. El comercio se hacia principalmente con oro, sal, cobre y cola, lo que hizo de este imperio un gran productor de ese metal precioso, que se explotaba en varias provincias: Buré, Bambuk, Galam y la región de Niani. Begho era el principal centro comercial en materia de nuez de cola, oro y cobre; en Taghaza e Igil se explotaba la sal, así como en Senegambia. Takedda era el gran centro de producción y comercialización del cobre. En la búsqueda de la cola y del oro, los mandingas fundaron albergues de etapa en las rutas que conducían a las orillas del Níger hacia Kong y Begho, difundiendo el Islam y la civilización mandinga hacia el sur. Las caravanas eran abundantes y numerosas, y las travesías se hacían principalmente en invierno y por las rutas trazadas.

Decadencia y desaparición

Tras su época de apogeo en el siglo XIV, Malí entró en un largo periodo de decadencia gradual. Los siglos XV y XVI estarán marcados por un deslizamiento progresivo del centro de interés del imperio hacia el oeste. El comercio malí, que hasta entonces se realizaba con el mundo musulmán, se volverá parcialmente hacia la costa a partir de mediados del siglo XV. Esta importancia creciente del oeste del imperio se explica por la progresiva presencia portuguesa en las costas atlánticas africanas, que en ese siglo entra en relaciones con Malí. Desde finales del siglo XIV se inició así un debilitamiento del poder central de Malí. Al mismo tiempo, y durante esta época, se iba desarrollando en el curso inferior del Níger un nuevo poder que acabará por suplantar a Malí en todas sus provincias septentrionales: Songhay. Pero antes de que actúe este nuevo imperio, son en primer lugar los tuaregs y los bereberes los que asestarán los primeros golpes a la hegemonía del imperio mandinga.

En la cima de su poder, en el siglo XIV, el imperio mandinga tenía bajo su dependencia a diversos grupos bereberes, algunos de los cuales permanecían muy rebeldes a la autoridad central. Su sumisión no seria efectiva más que en algunos momentos, como bajo los reinados de Musa y Suleyman, pero hacia 1387, a la muerte de Mansa Musa II, el reino conoció un periodo de crisis abierto por la sucesión imperial. Estas luchas contribuyeron en gran medida al debilitamiento del poder real y de la autoridad central, principalmente en las regiones sahelianas. A partir del siglo XV, los tuaregs, que realizaban numerosas incursiones contra la ciudad de Tomboctú, de la que se apoderaron en 1433, se adueñaron también de la mayor parte de las ciudades sahelianas, como Walata, Mema y quizá hasta Gao. El hecho más importante del siglo XV fue el declive y la consiguiente desaparición de la dominación mandinga en las regiones orientales. Así, durante el primer tercio de este siglo, los mandingas evacuaron el este del codo del Níger y fueron amenazados e invadidos por los sonni de Gao.



Jóvenes y niña de la tribu Lebu del actual Dakar, Senegal, que formó parte de los imperios de Ghana y Malí.

Al privar así a Malí de sus antiguas dependencias septentrionales, los tuaregs, mediante este avance hacia el sur, refuerzan su posición y su papel en el comercio transahariano. Pero esta preeminencia militar de los tuaregs en la región será de coña duración. La emergencia del Estado Songhay asestará, a su vez, un golpe decisivo a los tuaregs. La consecuencia principal de las actividades militares de estos últimos y de la hegemonía Songhay será, para Malí, una amenaza de asfixia económica. Pero el desarrollo del comercio atlántico, consecutivo a la llegada de los portugueses a las costas africanas, le valdrá un segundo respiro. Si hasta entonces las tierras del interior desempeñaron un papel capital en el imperio, las provincias occidentales, por su parte, verán crecer ahora su importancia comercial.

Entre 1481 y 1514 Malí ha de enfrentarse también a los fulbes, que habían

formado un reino en Futa Toro e invadido Senegambia, en unas guerras que tienen como consecuencia el desplazamiento de su autoridad en esta región. En este sentido, J. Boulegue señala que la fase de la dominación del Gran Jolof sobre la orilla norte del río Gambia debió tener lugar cuando el declive de Malí, ya que se trata de reinos malinkas unidos al imperio. Esta dominación debió producirse en el siglo XV, coincidiendo con la llegada de los portugueses. A partir de finales del siglo XV y comienzos del XVI se asiste, por tanto, a un estrechamiento del pasillo que unía el Malí occidental con el oriental. Los fulbes continuaron la lucha contra los mandingas en Diara y en Jolof, varios de cuyos territorios fueron conquistados. Malí fue amputado así de sus posesiones occidentales, pero a pesar de ello la autoridad del emperador mandinga se mantuvo de Gambia a Casamance hasta final del siglo XVI.

El viejo imperio Malí, atacado de este a oeste, tuvo que hacer frente a otra amenaza, no menos peligrosa: la injerencia portuguesa en la vida política del oeste africano. Al mismo tiempo que Malí está enfrentado a los fulbes, Portugal, que ya ha aparecido en las costas africanas, envió embajadores al país estableciendo relaciones en la época de los emperadores Mansa Mahmud II y Mansa Mahmud III, cuyo poder aún era grande, para negociar con los soberanos malis diferentes asuntos relacionados con el comercio sobre el río Gambia. Pero los portugueses habían comenzado ya a inmiscuirse en los conflictos internos de los países costeros, como en Jolof, y en el pequeño reino de Salum, en el norte del río Gambia, al que incitaron a emanciparse de la autoridad mandinga.

A lo largo del siglo XVI, el decadente imperio Maliva perdiendo sus provincias que se van emancipando una a una, dando origen este desmembramiento a cinco pequeños reinos. Así por esta época Malí quedo reducido a su país de origen: el alto Níger. Sin embargo, continuó siendo una potencia política que se mantenía en su núcleo original y en algunas provincias del oeste que se extendían hasta el Atlántico y donde se practicaba el comercio con los portugueses.

En un último esfuerzo, Mansa Mahmud IV intentó apoderarse del delta del Níger en 1599, aprovechando la situación de revueltas creada en la región por la ocupación marroquí, y siendo derrotado ante Djenné. Los bamanas son quienes se aprovecharon del hundimiento de Malí. Bajo la dependencia del imperio mandinga hasta principios del siglo XVII, se constituyeron núcleos bastante importantes en el reino de Diara y en el delta inferior del Níger.

Malí, reducido al reino de Mandé, no contaba ya más que con las regiones de Kaaba, Kita, Joma y Jumawanya.

El imperio de Malí había conocido así un largo periodo de decadencia política. Amputado de sus provincias septentrionales en la primera mitad del siglo XV en provecho de los tuaregs y después de los songhay, se mantendrá al lado de este nuevo Estado hasta finales del siglo XVI, gracias al dinamismo económico de sus provincias occidentales. Con el debilitamiento del comercio del oro, los mandingas se fueron replegando hacia el sur, atraídos por el comercio de la cola. El final del siglo XVI verá numerosas migraciones de mandingas hacia el sur y sureste, donde fundaron aldeas a lo largo de la ruta de la cola. El imperio de Malí ya en franca decadencia, tenderá paulatinamente hacia su práctica desaparición, acabando por ser absorbido por el nuevo imperio de Songhay, el nuevo reino hegemónico.

El imperio songhay

Al final de una larga evolución de casi ocho siglos, los songhays, establecidos en las dos riberas del Níger medio, erigieron en el siglo XV un Estado poderoso, unificaron una gran parte del Sudán occidental y permitieron de este modo el florecimiento de una brillante civilización en gestación desde hacia siglos. Los songhays pertenecen a la última fase de la islamización de África en el siglo XVI, con hábitos políticos menos apegados a la tradición.

La historia de los songhays antes del reinado de Sonni Alí Ber (1464-92) es poco conocida debido a las escasas fuentes árabes. Por su posición geográfica a lo largo del Níger, en el límite de Sudan y del Sahel, Gao se convirtió en el siglo XII en la capital del joven Estado Songhay, y acabó por eclipsar a la antigua ciudad de Kukya. El comercio de la sal de Tawtok, las mercancías de Libia, Egipto e Ifrikiya transitando por Tadmekka y las caravanas de Tuat, y mas allá hasta el Magreb occidental, harán de Gao un gran centro comercial y cosmopolita.

El reino, que se extendía a lo largo de las dos orillas del Níger, desde Dendi hasta Gao, estaba bajo la dirección de los *jaas*, que serian probablemente una fracción songhay, mestizada de bereberes. El acontecimiento más importante fue la conversión al Islam en 1019 de un *jaa*, aunque parece que su ejemplo no arrastró a los songhays que siguieron durante mucho tiempo fieles a sus creencias y prácticas religiosas tradicionales.

Parece que entre 1285 y 1300 los ejércitos mandingas conquistaron el reino de Gao. Hacia 1324-25 Mansa Kaku Musa, de regreso de su peregrinación a La Meca, construyó una mezquita en Gao. Los mandingas organizaron el meandro del Níger bajo la autoridad de sus gobernadores y estimularon su desarrollo económico. Gao se mantuvo así como una importante ciudad comercial, y era una de las ciudades más prósperas de Sudán.

Pero la dominación mandinga no fue continua. El *jaa* de Gao era, en realidad, un tributario que se aprovechó de las dificultades de Malí para liberarse de su dominio. Parece que el final del siglo XIV señaló también el final de la dominación mandinga sobre Gao, liberándose los songhays y, el codo del Níger de la dependencia de Malí. Una nueva dinastía, la de los sonnies, fundada por Alí Kolon en el siglo XIII, se declaró independiente y

expulsó a los mandingas de Gao, llevando la guerra hacia el oeste, en dirección al rico Masina y al centro del imperio Malí, llegando hasta su capital, Niani. El rey de Gao se convirtió en auténtico dueño y señor del meandro del Níger. La llegada de Sonni Alí al trono en 1464 condujo a la dinastía y al país a su apogeo.

Sonni Alí (1464-92) cambió el destino del reino de Gao, emprendiendo una política de conquistas territoriales, contando con un ejército aguerrido y bien estructurado, que se componía de una flotilla por el Níger, además de la infantería y la caballería. Hombre extraordinario en todos los aspectos, y gran guerrero, el soberano se sintió atraído por la rica región del oeste, las ciudades nigerianas y el delta central del Níger. Etapa tras etapa, conquistó Jenne, una parte de Masina y, lo más importante, Tomboctú en 1468. Atacó a los tuaregs y los rechazó hasta el norte del Sahel: mientras, dirigió varias expediciones hacia el sur contra los dogon, mossis y baribas. En 1483 batió al rey mossi y acabó con las amenazas de sus incursiones en el valle del Níger.

A la muerte de Sonni Alí en 1492, reinaba sobre un gran imperio centrado en el Níger, que se extendía desde Dendi hasta Masina, que organizó según el modelo mandinga, con la creación de nuevas provincias y nombramiento de autoridades dependientes directamente del Sonni. Así, el Estado patriarcal y consuetudinario de Gao se convirtió en un Estado centralizado que controlaba a todos los países nigerianos, facilitándose el desarrollo económico del nuevo imperio Songhay.

La muerte de Sonni Alí abrió una crisis de guerra civil por la sucesión, superada con la subida al trono de Askia Mohammed I en el mismo año de 1492, el cual fundó una nueva dinastía musulmana. Este soberano era de origen soninké, del clan de los Turé, procedente de Takrur. Su victoria fue la del Islam y se apoyó en las fuerzas nuevas para engrandecer y consolidar el imperio Songhay fundado por Sonni Alí. El hecho importante del comienzo de su reinado fue su peregrinación a La Meca en 1496-97, acompañado de un numeroso séquito, y obteniendo en esta ciudad santa del Islam el titulo de califa del Sudán, lo que representaba una legitimación musulmana de su poder.

Este soberano continuó la obra de Sonni Alí, agrandando el imperio en todas sus fronteras. Conquistó Masina y Diara, y se apoderó del Sahara hasta las minas de Teghazza, dominando además Agades y las ciudades haussas como Katsena y Kano. Atacó también a los pueblos del sur: baribas, mossis y dogon. Por sus conquistas extendió y llevó el imperio de los songhays a sus

limites extremos, desde Dendi hasta Sibiridugu, al sur de Segu, y desde Teghazza hasta la frontera de Yatenga.

El askia organizó el imperio según la tradición heredada de Sonni Alí. Construyó la capital en Tendirma, creó provincias nuevas y nombró cadíes en todas las ciudades musulmanas. Reorganizó la corte y el Consejo imperial, dando preferencia a los ulemas y los cadíes. Se preocupó por todas las actividades de su imperio, estimulando los negocios, de los que obtuvo grandes recursos, y fomentó la agricultura, favoreciendo ademas el desarrollo de los estudios.

Periódicas crisis de poder

En 1528 Askia Mohammed fue depuesto por una conjuración de sus hijos que se sucedieron en el poder hasta 1583, continuados después a su vez por sus sobrinos con desigual acierto. Las crisis de sucesión alteraron el normal desarrollo interno del reino, surgiendo además un nuevo problema desde el exterior: el de las minas de sal de Teghazza, que iba a envenenar las relaciones con los sultanes de Marruecos.

Entre estos sucesores destacan algunos reinados. Así el de Ishak I (1539-49), que organizó una expedición contra la capital del viejo imperio de Malí y la saqueó; ahora se planteó el problema de Teghazza, reivindicado por el sultán de Marruecos, y siendo invadido el Draa marroquí por jinetes tuaregs de Songhay. Bajo el reinado de Askia Dawud (1549-83) el imperio Songhay alcanzó su apogeo y florecimiento, conociendo una fase de gran desarrollo económico e intelectual. El valle del río era cultivado intensamente y las grandes ciudades comerciales conocieron el máximo de su actividad. Era ésta la época en que las caravanas transaharianas predominaban sobre las atlánticas. La prosperidad económica benefició la riqueza y el poder del askia, que fue también un gran mecenas, favoreciendo a los letrados y reconstruyendo mezquitas en las ciudades del imperio. En el plano militar, este soberano realizó numerosas campañas de pacificación en Mesina, al este, y sobre todo entre los mossis. El askia Dawud dirigió igualmente una serie de expediciones militares contra Malí penetrando en los restos del viejo imperio mandinga y venciendo a su ejército, al que arrancó sus últimas provincias orientales hacia 1550. Durante este reinado, Malí se transformó en un Estado tributario de Songhay. El problema más grave siguió siendo la cuestión de Teghazza, cuyas minas fueron ocupadas por el Sultán marroquí en 1583-86.

A la muerte de Muhammad III en 1586, la cuestión de la sucesión provocó una nueva guerra civil, dividiéndose el reino en dos bandos que proclamaron sendos askias: uno en Gao y otro en Tombctú, que se enfrentaron entre si. El imperio se encontró así moralmente escindido. Decepcionado, el oeste se desinteresó de Gao y muchos de sus príncipes songhays se unieron sin dificultad a los invasores marroquíes en 1591, tres años después de la guerra civil. El imperio Songhay se derrumbaba victima de sus propias contradicciones.

El imperio Songhay, por su organización política y administrativa, ofrecía una profunda originalidad. La fuerte estructuración del poder, la

centralización sistemática y el absolutismo real daban a la monarquía de Gao unas características peculiares que contrastaban con el sistema político tradicional de federación de reinos que habían conocido los anteriores imperios de Ghana o de Malí. La monarquía de Gao, rica y con una larga tradición de gobierno, estaba fundada bajo el askia, sobre los valores islámicos y consuetudinarios. El monarca de Gao, musulmán desde el siglo XI, debía gobernar según los preceptos coranicos, pero también según las antiguas costumbres songhays y sudanesas, Estas dos tradiciones se combinaban. Una y otra eran puestas de relieve según la personalidad de los soberanos. El emperador residía en Gao, rodeado de una corte numerosa, que comprendía a miembros de su familia y grandes dignatarios. A la muerte del soberano le sucedía el mayor de sus hermanos, pero en realidad la fuerza decidía las sucesiones, y de ahí las crisis periódicas.

El gobierno real estaba formado por ministros y consejeros, nombrados y revocables por el askia, y jerarquizados según sus funciones, pudiendo distinguirse entre el gobierno central y el de las provincias. Los agentes del gobierno central formaban el Consejo imperial, que debatía todos los problemas del imperio. En cuanto a las provincias, los songhays adoptaron dos sistemas de gobierno según fueran los territorios. Un primer grupo comprendía las provincias conquistadas, gobernadas por jefes nombrados y revocables en todo momento por el askia. Estos gobernadores, jerarquizados, ejercían todo el poder soberano, a excepción de la justicia, confiada a los cadíes. El imperio estaba dividido en dos grandes provincias: Kurmina al oeste, y Dendi al sureste. Las ciudades comerciantes, como Tomboctú, Djenné, Teghazza y Walata, gozaban de cierta autonomía.

Gentes, mezquitas y paisajes de la actual República de Malí y que, en tiempos, formaron parte de los imperios de Ghana, Malí y Songhay.





Minarete de la mezquita de Sanjore y patio y minarete de la mezquita de Djinguereber, ambas en Tombuctú.



Barquero en el río Bani, afluente del Níger, cerca de Djenné.



Embarcadero de Gao, en el Níger.

Por otro lado, los países vasallos o tributarios eran gobernados por un sistema de administración indirecta. El jefe del país era investido según las costumbres locales y reconocido por el askia. Mediante estos dos sistemas de

administración, el imperio de Gao llegó a encuadrar las poblaciones del Sudán nigeriano, defender la seguridad de las personas y de los bienes, y permitir un gran desarrollo económico.

El Estado disponía de recursos importantes para consolidarse y hacerse independiente, y de una fuerza armada permanente capaz de proteger el imperio, de imponer la voluntad del soberano a sus súbditos y de acabar con toda rebelión. El soberano de Gao era poderoso y rico, disponiendo la monarquía de recursos seguros y permanentes, cobrados en todo el imperio y administrado por un personal numeroso. La justicia era un derecho real, y el askia la delegaba en representantes completamente independientes del poder central o de sus agentes. Hay que distinguir dos jurisdicciones: una musulmana y otra consuetudinaria.

En cuanto a la evolución y el desarrollo económicos, por su situación sudano-saheliana el imperio Songhay era una región privilegiada en los intercambios transaharianos. El Níger, que lo atravesaba de oeste a este, facilitaba las comunicaciones, estando su fértil valle intensamente cultivado. Se pueden distinguir dos sectores económicos: uno rural y tradicional, y otro urbano y comercial. El primero se centraba en la agricultura, la ganadería —bovinos y caprinos— y la pesca. El sector comercial contaba con las ciudades sudano-sahelianas como Walata, Tomboctú, Djenné y Gao, que eran los centros del gran comercio transahariano y estaban en relación con los grandes mercados del Sahara y del África del norte y, más allá, con la Europa mediterránea.

La sociedad songhay

Las pistas transaharianas partían del valle del Níger hacia el norte, estando orientado el comercio transahariano —en los siglos XV y XVI, sobre todo— hacia Marruecos, Argelia, Libia y Egipto. En el centro, las minas de sal de Teghazza, los oasis de Tuat y de Ghat eran los lugares donde se efectuaban las grandes paradas o relevos comerciales hacia Sudán. El comercio estaba en manos de los mercaderes árabe-bereberes y de los sudaneses: mandingas, soninkés, mossis, haussas y songhays. En resumen, los intercambios favorecieron el enriquecimiento de las ciudades nigerianas y produjeron cierto bienestar a los habitantes del campo.

La sociedad era, en sus estructuras profundas, semejante a las demás sociedades del Sudán occidental. La originalidad residió en el desarrollo de una economía comercial que dio origen a una sociedad urbana, diferenciada en sus actividades, un poco marginal con relación a la sociedad global, fundamentalmente rural. Tanto en la ciudad como en el campo, la sociedad songhay se definía por la importancia de los vínculos de parentesco. El rasgo más fundamental de la sociedad songhay era su jerarquización en categorías nobles, hombres libres, hombres de casta y esclavos.

Sobre la sociedad rural, fuera del valle nigeriano, donde se encontraban grandes ciudades comerciales, los songhays y los pueblos que constituían el imperio vivían en el campo dedicados a actividades rurales. Y en cuanto a la sociedad urbana, el gran desarrollo comercial permitió, a su vez, el desarrollo de una civilización urbana en toda la región sudano-saheliana. En los siglos XV y XVI florecieron las ciudades de Walata, Djenné, Teneky, Tendirma, Tomboctú, Bamba, Gao y Agades, así come: las ciudades haussas de Kano y Katsena, todas ellas ciudades abiertas y sin murallas. Todas estas ciudades nigerianas tenían, junto a un núcleo songhay predominante, una población cosmopolita de árabe-bereberes, mossis, haussas, mandingas, soninkés y fulbes.

Las tres ciudades mayores eran Tomboctú, Djenné y Gao. Tomboctú, conquistada hacia 1468 por Sonni Alí Ber, alcanzó su apogeo en el siglo XVI como capital económica del imperio y ciudad santa de Sudán, estando habitada por unas 80.000 personas. Djenné, isla en el delta central, unida económica y espiritualmente a Tomboctú, era con sus cerca de 40.000 habitantes la aglomeración más importante de población negra en el Sudán interior, y gran mercado del sur. Gao era la capital política, más antigua que

las otras ciudades, y constituía una inmensa aglomeración con más de 100.000 habitantes.

El Sudán nigeriano y saheliano conoció un gran florecimiento religioso y cultural en los siglos XV y XVI. El Islam, implantado en el Sudán occidental desde el siglo XI, progresó lentamente y de modo desigual según las regiones, y acabó por imponerse en el meandro del Níger y en la zona saheliana, creando al mismo tiempo en las zonas urbanas una élite culta. El Islam no fue, sin embargo, la religión dominante en esos siglos XV y XVI, ya que la gran mayoría de los songhay y de los pueblos del imperio que vivían en el campo, seguía aferrada a las creencias ancestrales de su tierra. Pero al final del siglo XVI, el Islam dominaba en todo el meandro del Níger, desde Mesina hasta Dendi, y además era muy avanzado. Tomboctú, con sus tres grandes mezquitas y su Universidad, era un modelo a seguir, y le valieron el renombre de ciudad santa del Sudán, abriendo toda la región sudanesa occidental a la difusión de la cultura islámica. Intelectualmente, el humanismo sudanés se impuso como uno de los componentes del Islam universal.



Chapa de bronce de Benin, Nigeria.

Pero, como se ha indicado, el imperio Songhay fue decayendo e inició su práctica desaparición desde fines del siglo XVI. En 1588 atravesó por una situación de profunda crisis al estallar otra guerra civil, agravada por la invasión marroquí. En 1591 el ejército enviado por Marruecos derrotó a los songhays en Tondibi y cayó sobre Gao. Aunque los songhays imentaron resistir, el Sultán marroquí impuso el vasallaje del askia a su soberanía, y en el mismo año de 1591 tomó Tomboctú. Songhay quedó derrotado y dividido en dos zonas: el Dendi en el este, y Tomboctú en el oeste. En 1595 la derrota del askia es total, encontrándose el país dominado por los marroquíes, que se establecen en el mismo y se mezclan con su población, dando origen al pueblo *arma*. Entre las tropas marroquíes que dieron origen a esta población se encontraban contingentes de *andalusíes* procedentes del reino de Granada, que se habían instalado en Marruecos al ser expulsados del último reino árabe de la Península Ibérica tras su conquista por los Reyes Católicos.

El siglo XVII fue el de la desmembración general de los restos del imperio Songhay, y la ruina de este último gran imperio sudánico puso de nuevo en acción las fuerzas centrífugas que conducirían a la atomización socio-política, en el momento en que los navíos europeos iban llegando a la costa atlántica africana, imponiendo una nueva situación y una nueva explotación económica. Así, las rutas del Sahara ya no volverían a ser portadoras de un fructífero comercio como el desarrollado a lo largo de los siglos medievales.

Otros reinos destacados

En el Sudán central destacó en estos siglos medievales el reino de Kanem-Bornu. Según escribe R. Cornevin, una población So ocupó en el siglo VII la región próxima a la ribera oriental del lago Chad, y en el siglo VIII se establecieron igualmente en aquel lugar grupos de nómadas blancos, de origen tuareg o bereber, según los autores, o procedentes en su mayoría de Abisinia; de la mezcla de ambos grupos surgió la población de los kanembu. Hacia el año 800 se creó el reino basado en la dinastía fundada por Dugu, que es el origen de la familia real conocida como Sefuwa, que reinó a lo lar go de siglos sobre Kanem y Bornu.

La capital del reino, al este del lago Chad, era Njimi, donde se unían nómadas blancos con sedentarios negros. Se conocen los nombres de los soberanos que reinaron entre los siglos IX y XI, sucediéndose de padres a hijos. El primero fue Dugu (784-835), y en 1085 subió al poder Humé, que fue el primer Sultán; éste reinó hasta 1097 y se convirtió al Islam, introduciendo masivamente la nueva religión en su reino.

A lo largo de los dos siglos siguientes, el reino de Kanem conoció una continua expansión y engrandecimiento por medio de conquistas y alianzas con otras grandes familias. A comienzos del siglo XII, Dunama, hijo de Humé, introdujo por primera vez la utilización de la caballería junto a la infantería. A comienzos del siglo XIII, el reino se extendía por el norte hasta el Fezzan, por el sur hasta Dikoa, por el este hasta el Uadai, y por el oeste hasta el país de los haussas y el Níger, disfrutando su soberano de un gran prestigio. El desarrollo del Estado de Kanem no puede explicarse sin referencias al comercio transahariano.

Pero a mediados del siglo XIV se produce una serie de movimientos insurreccionales por parte de los pueblos sometidos contra la autoridad del rey de Kanem, que provocaron continuas campañas militares y la desmembración de parte del reino. El sultán Ornar (1394-98) debió abandonar Kanem ante el ataque de los bulalas, para instalarse en el lado occidental del lago, y así Bornu, con su población kanouri, se transformó en el centro del reino. Ya desde comienzos del siglo XII diferentes poblaciones de Kanem habían comenzado a desplazarse hacia el oeste para irse instalando en Bornu, siendo difícil precisar las relaciones existentes entre ambas regiones del reino con

anterioridad al siglo XIV. En todo caso, desde entonces Bornu se fue imponiendo sobre Kanem.

La decadencia del país se prolongó hasta el reinado de Mal Alí Dunama (1472-1504) que restableció el orden y reconstruyó el reino, reorganizando la administración, y sometiendo a tributo las ciudades haussas. Bajo su sucesor, Bornu fue ocupado por los bulalas y, en todo caso, el reino no recuperará su prestigio anterior, ya perdido. Por el contrario, continuó languideciendo a lo largo de los siglos modernos, aunque entre fines del XVI y comienzos del XVII, Bornu volvió a vivir una fase de poder predominante en el Sudán central.

Otro reino del África occidental del que se tienen referencias por el prestigio logrado durante la Edad Media es el de Benin, situado cerca de la costa atlántica del golfo de Guinea y próximo a la desembocadura del Níger, y conocido especialmente por sus manifestaciones artísticas, que han sido clasificadas por los autores en varios períodos, correspondiendo dos de ellos a los siglos medievales: el arcaico (1140-1360) y el precoz (1360-1500).

Según la tradición, él reino de Benin se formó a mediados del siglo XII, teniendo como primer soberano a Eweka I, hijo de Ogoda, jefe militar yoruba de Ife y rey de Oyó. Eweka organizó el nuevo reino, estableció las normas de ascensión al trono, e instituyó un Consejo de Estado o colegio electoral compuesto de siete electores que debían elegir al rey,



Figuras de la cultura de Benin.

Entre sus sucesores destacó Ewedo, en la primera mitad del siglo XIII, que reguló el funcionamiento de la corte y los funcionarios, y creó nuevos cargos, introduciendo igualmente el culto de nuevos dioses. Su hijo y sucesor, Oguola, en la segunda mitad del siglo XIII, construyó las fortificaciones de Benin.

Con Eware el Grande, que accedió al trono hacia 1440, el reino de Benin alcanzó el apogeo de su poder y prestigio. Este rey fue médico, viajero, soldado y conquistador, incorporando a su reino un conjunto de países vecinos por medio de sucesivas conquistas, y regulando el funcionamiento de su Estado. Reconstruyó la capital, haciendo venir escultores y artistas que embellecieron la ciudad. Su reinado finalizó con una rebelión contra su poder autoritario, teniendo que huir del país. Las revueltas terminaron tras el acceso

al trono del decimosexto rey Opkame, que restableció el orden en el reino, y reanudó las campañas de conquistas.

En 1484, Benin entró en contacto con los portugueses que habían llegado a las costas del país, y dieron noticia de la situación y esplendor del reino en aquellos años de transito entre la Edad Media y la Moderna.

El reino de Kongo es otro de los grandes Estados medievales africanos, formado en el curso inferior del río Congo en la costa atlántica, a comienzos del siglo XIV. Los autóctonos eran de origen ambundu. El reino se formó cuando llegó a la región el jefe Mutinu, a la cabeza de un grupo de conquistadores que, procedentes del este, se extendieron hacia el sur, estableciendo una alianza con los nativos y dando nacimiento así al reino que tomó el titulo de la principal ciudad: rey o señor de Kongo.

En tiempos de su máxima expansión, en los siglos XV y XVI, el reino de Kongo se extendía desde el tajo Congo hacia el norte, hasta el río Kwanza en el sur, y el río Kwango al este, y hasta la costa atlántica hacia el oeste. Las seis provincias tradicionales eran: Mpemba, Mbata, Mbamba, Songo, Nsundi y Mpango. Las dos provincias más importantes eran la de Nsundi, en el norte, feudo del primer rey de la dinastía, y tradicionalmente gobernada por el hijo mayor del monarca, es decir, el presunto heredero; y la de Mbamba, en el sur, que poseía una especial importancia estratégica como marca fronteriza. La autoridad real era directa y efectiva sobre las seis provincias, en tanto que las provincias costeras situadas al norte del río —Ngoyo, Kakongo y Loango— eran más bien reinos vasallos.

El reino de Kongo no era hereditario. Todos los parientes próximos al rey, hijos o sobrinos, podían aspirar al trono, pero la preferencia recaía en la sucesión matrilineal. En general, antes de morir, el rey indicaba la persona que había elegido para sucederle. De todos modos, el Consejo electoral, dirigido por tres grandes electores, era quien decidía un último término. En realidad, el sistema sucesorio fue una de las causas del debilitamiento del país.

A finales del siglo XV aparecieron por la desembocadura del río Congo y la costa atlántica del país los navegantes portugueses que pronto entraron en contacto con el reino de Kongo, estableciéndose relaciones entre ambos Estados que, tras un primer momento en que tuvieron un carácter pacífico, con conversiones de congoleños al cristianismo, en especial de sus reyes, los Mani-Kongo, se volvieron conflictivas desde 1506.

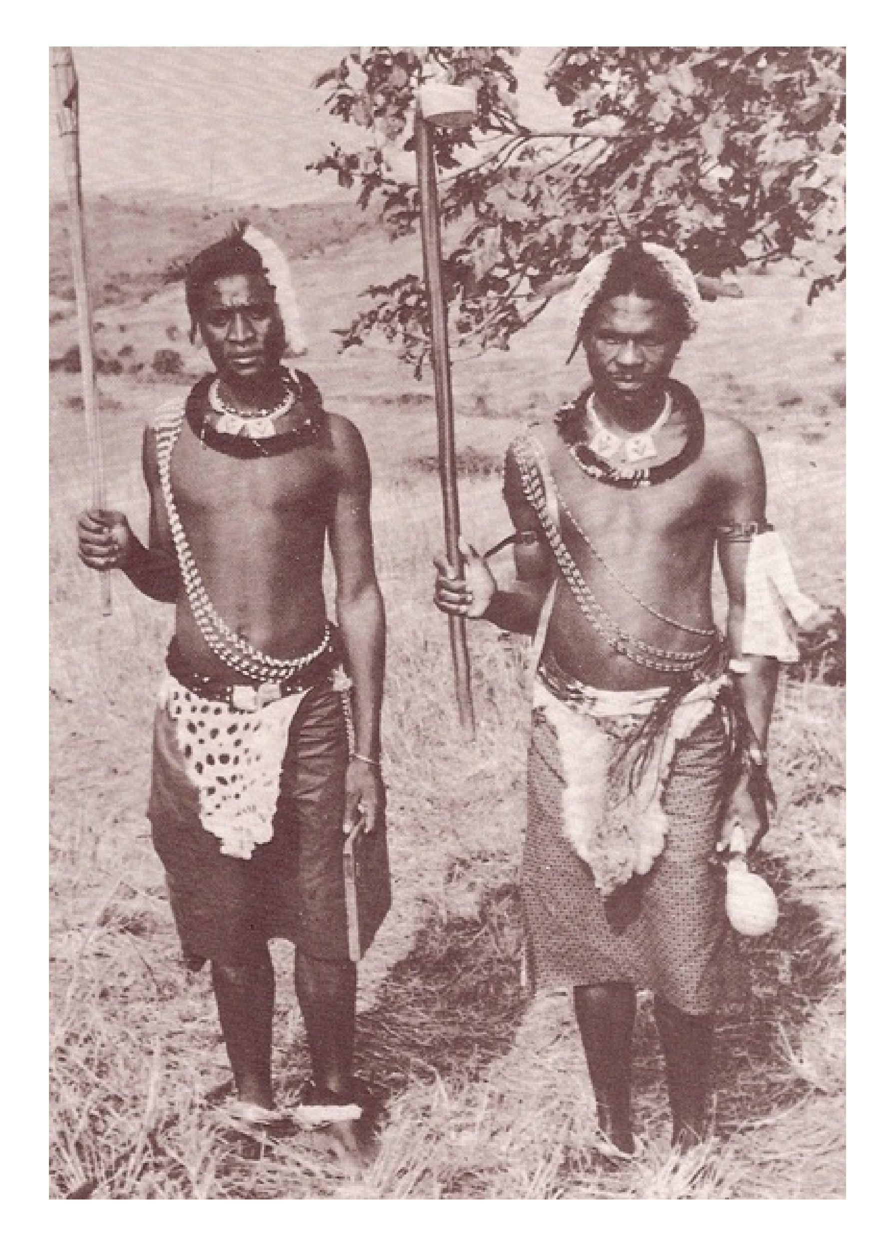
Desde este momento, las decepciones iban a acumularse en las relaciones entre ambos pueblos, tanto en el plano reiiqioso y político como en el

económico. La política portuguesa tendía a una asimilación pura y simple del reino de Kongo por la monarquía lisboeta, y los conflictos con los congoleños fueron continuos a lo largo del siglo XVI. Los portugueses acabaron por derrotar totalmente y dominar el reino de Kongo en el siglo XVII.

El reino de Zimbabwe-Monomotapa

Al sur del río Zambeze y cerca de la costa indica, en Mashonaland, se conservan impresionantes testimonios arqueológicos que muestran la existencia de un importante reino y civilización africanos: el conocido como *Gran Zimbabwe*, sobre cuyo origen y evolución han polemizado los investigadores a partir de una realidad incuestionable: el espectacular conjunto de ruinas monumentales existentes en la región.

Se trata de grandes restos formados claramente por varios sectores. En primer lugar, un gran recinto de forma ovalada, de dos kilómetros y medio de circunferencia, cuyo eje mayor mide casi un kilómetro. En el interior del recinto, en un rincón particularmente retirado, y como reservado, hay dos torres cónicas macizas, la mayor de las cuales mide diez metros, recibiendo este conjunto el nombre de templo elíptico. Setecientos metros más hacia el sur, sobre una colina, se elevan los restos de una colosal fortificación, llamada la *Acrópolis*. En el norte, hacia el interior, existen otras ruinas características, en Inyanga, Dhlodhlo y Khami, que son en general restos de fortalezas, para cuya construcción se utilizaron bloques de piedra de una tonelada. También se han encontrado, hacia el sur, en la orilla derecha del río Limpopo, numerosos restos de objetos con placas de oro de gran pureza. Por las investigaciones realizadas, parece ser que estas construcciones monumentales se han iniciado hacia el siglo XI, escalonándose por periodos hasta el XVI, constituyendo una empresa esencialmente africana, y descartándose otras polémicas teorías.



Guerreros swazi sudafricanos, descendientes del imperio del Monomotapa.

Una cuestión sumamente controvertida ha sido precisar qué pueblo negro habitaba esta región y cuál ha sido la secuencia de su desarrollo. Parece que los primeros poblamientos corresponden a la Edad del Hierro, estando constituidos por pueblos agricultores a los que siguieron otros, mineros, que trabajaban el hierro, el oro y el cobre de los yacimientos de la región. Las poblaciones de lengua shona podrían ser el origen de las tradiciones más tardías de la Edad del Hierro entre el Zambeze y el Limpopo.

En el siglo XI otro pueblo, los rozwi, se instaló en las regiones del Zambeze y del Limpopo, emprendiendo la construcción de obras de piedra. Estos son dominados, a su vez, entre los siglos XIII y XV, por los moire, que desarrollaron la más refinada civilización que había aparecido en Zimbabwe, transformado en el centro de una organización administrativa que extendió su

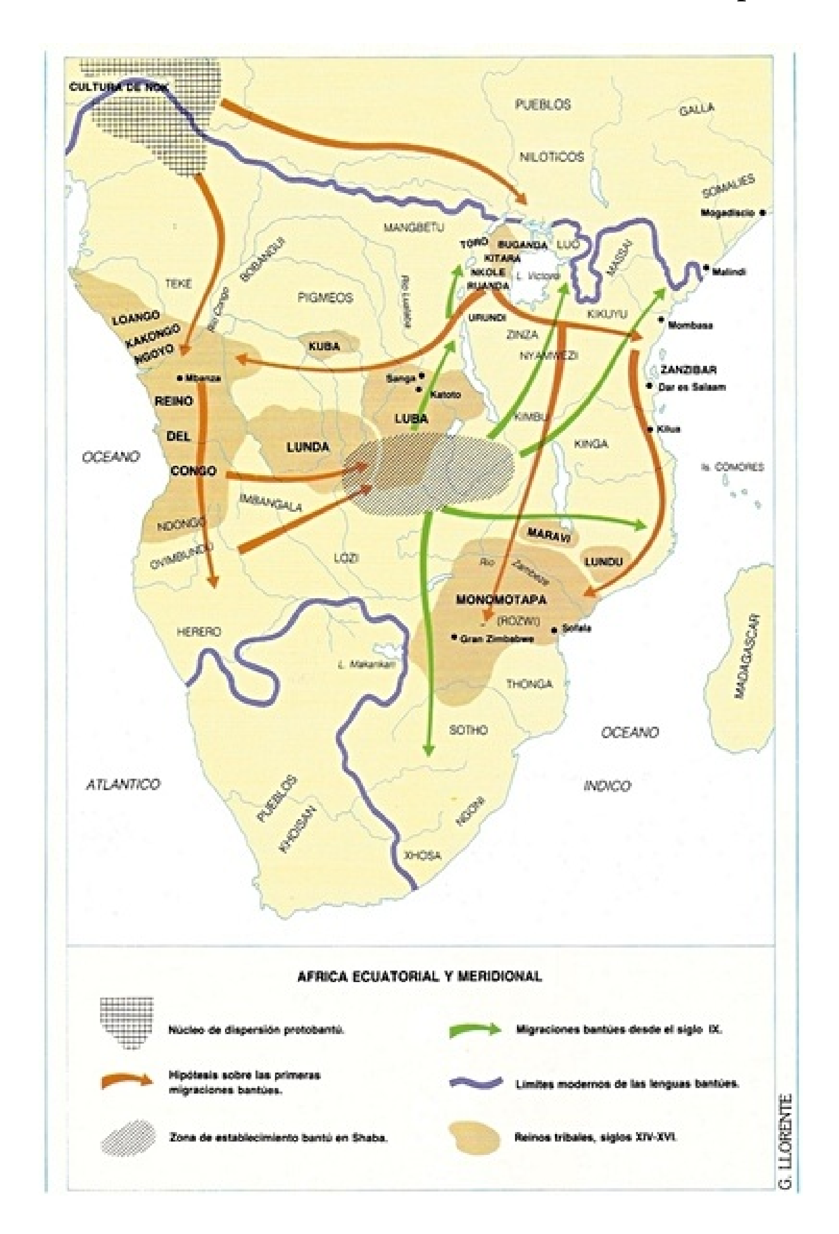
autoridad sobre toda la región comprendida entre el Zambeze y el Limpopo. Se echaron así los fundamentos de un Estado poderoso e influyente, cuyo centro se encontraba en el Gran Zimbabwe, y que abarcaba una región extensa e importante del Mashonaland central y meridional. En su origen este Estado había participado de numerosas tradiciones culturales comunes, y esta identidad fundamental se había extendido probablemente al uso de una lengua común, el shona.

En el siglo XV se consolidó así un Estado fuertemente centralizado y administrado. En los primeros años de ese siglo, toda la región del Zambeze quedó sujeta a la dominación de un poderoso jefe que tomó el nombre de Mutapa. Su título de Mwene Mutapa dio origen al nombre de Monomotapa, como fue dado a conocer por los navegantes portugueses. Su hijo y sucesor, Matope, debe ser considerado como el verdadero fundador del reino, que impuso su hegemonía sobre toda la región. Tras varias campañas militares con éxito, reunió bajo su dominio todas las tierras comprendidas entre el Kalahari y la región de Sofala, en la costa índica. Las fronteras del reino se extendían desde el Zambeze al norte, el Sabi y el Limpopo al sur, y el océano Indico al este. La administración de las provincias se confiaba a los hijos y sobrinos del monarca.

La influencia del Gran Zimbabwe y de sus establecimientos tributarios se dejaba sentir más allá de las fronteras inmediatas, y relativamente próximas, de este Estado. La prosperidad de Kilwa, en la costa del África oriental, seguía de cerca las fluctuaciones del comercio del oro con Sofala. Las riquezas de los soberanos del Gran Zimbabwe crecieron y disminuyeron al mismo tiempo que el tráfico costero, durante el siglo XV. A pesar de su aislamiento, los contactos comerciales del Gran Zimbabwe y el oro que allí se controlaba habían contribuido no sólo a la prosperidad y el crecimiento económico de la costa del África oriental, sino también de las regiones más alejadas. En los siglos XIV y XV hubo en el norte de Mashonaland y en el valle del Zambeze una actividad comercial considerable.

Pero un siglo más tarde, en el XVI, Kilwa, la costa oriental de África y el Gran Zimbabwe habían perdido su esplendor. Cuando los portugueses llegaron a Sofala, el comercio costero estaba en declive. Desde fines del siglo XV, el Gran Zimbabwe comenzó a ser abandonado y olvidado. Las fuerzas asociadas al poder económico y político se desplazaron hacia el sur y el oeste bajo la dirección del poderoso clan rozwi. Matope murió hacia 1480, y su hijo Niaima fue incapaz de mantener unido el imperio. En el sur, una dinastía rozwi, llamada de los Togwa, se separó prácticamente del reino. Hacia 1506,

otro jefe, Changamire, se anexionó otra provincia y derrocó a los Togwa constituyendo un nuevo reino en el sur, rival del Monomotapa.



Zimbabwe era entonces dueño sólo de una estrecha franja de territorio, que seguía de cerca al Zambeze, y que se extendía hasta el océano Indico, habiendo dejado de ser el gran centro administrativo de tiempos anteriores. Su territorio acabó por caer bajo la influencia de los portugueses a lo largo de los siglos XVI y XVII. Cuando comenzó el declive del Gran Zimbabwe, al final del siglo XV, parece probable que las rupturas del equilibrio político estuvieran estrechamente unidas a las limitaciones del medio que amenazaban siempre las estructuras políticas o religiosas fundadas sobre la agricultura de subsistencia y de las poblaciones rurales dispersas. La población había seguido viviendo de esa agricultura de subsistencia, fundada en el nomadismo agrícola que no podía ser suficiente para alimentar a una población como la

del Gran Zimbabwe. Puede ser ésta una de las razones, junto a los problemas políticos, de la ruina y el abandono del Gran Zimbabwe.

A lo largo del siglo XVI el reino del Monomotapa se desmembró en cuatro territorios: Quiteve, Sedanda, Manica y un Monomotapa reducido a un núcleo alrededor de Zimbabwe. Ante esta situación, por un lado, los árabes, instalados en Sofala, jugaron el papel de intermediarios entre las poblaciones negras del interior y los mercaderes de Kilwa, Mombasa y Melinda. Mientras por otro, los portugueses, establecidos en la costa Índica, acabaron por imponerse sobre el Monomotapa a lo largo de los siglos XVI y XVII, dominando totalmente la región. El último de los grandes reinos medievales africanos acabó también por desaparecer.



Representación de un ser fantástico
—hombre y pájaro—

en una estatuilla de Zimbabwe.

Conclusión

Como se ha visto, África negra ha conocido áreas de gran desarrollo en todos los aspectos entre los siglos XI y XVI, desde el río Níger hasta las orillas del océano Indico. A lo largo de esta época África desempeñó un papel de primera importancia en la economía mundial. El descubrimiento de América en 1492 abrió a los europeos las fuentes del oro y de la plata del otro lado del Atlántico: las minas de México y Perú no tardaron en eclipsar a Bure, Bambuk, Ngalam y Mwene Mutapa en el abastecimiento de los metales preciosos.

Tres hechos importantes han marcado la historia de África en este período medieval:

— En el plano político y religioso, se desarrollaron en primer lugar los grandes reinos, imperios y ciudades: el Islam se impuso mediante una arabización progresiva en todo el África septentrional y sahariana: al sur del Sahara, llegó a ser la religión oficial en muchos reinos e imperios, pero el África negra no fue arabizada: ahí el Islam ha sido más un hecho político que religioso. Sin embargo, en todas partes favoreció las relaciones comerciales.



Vista aérea de las ruinas de Zimbabwe, la capital del Monomotapa.

— En el plano económico y cultural, se produjo una gran intensificación de las relaciones interregionales e intercontinentales bajo el impulso de los mercaderes árabes, persas, bereberes, chinos, mandingas y haussas. Al sur, los shonas y otras poblaciones de las sabanas subecuatoriales animaron un negocio floreciente tanto hacia el océano Atlántico como en dirección al

océano Indico a través del Congo, la región de los lagos, el Niger y el Monomotapa.

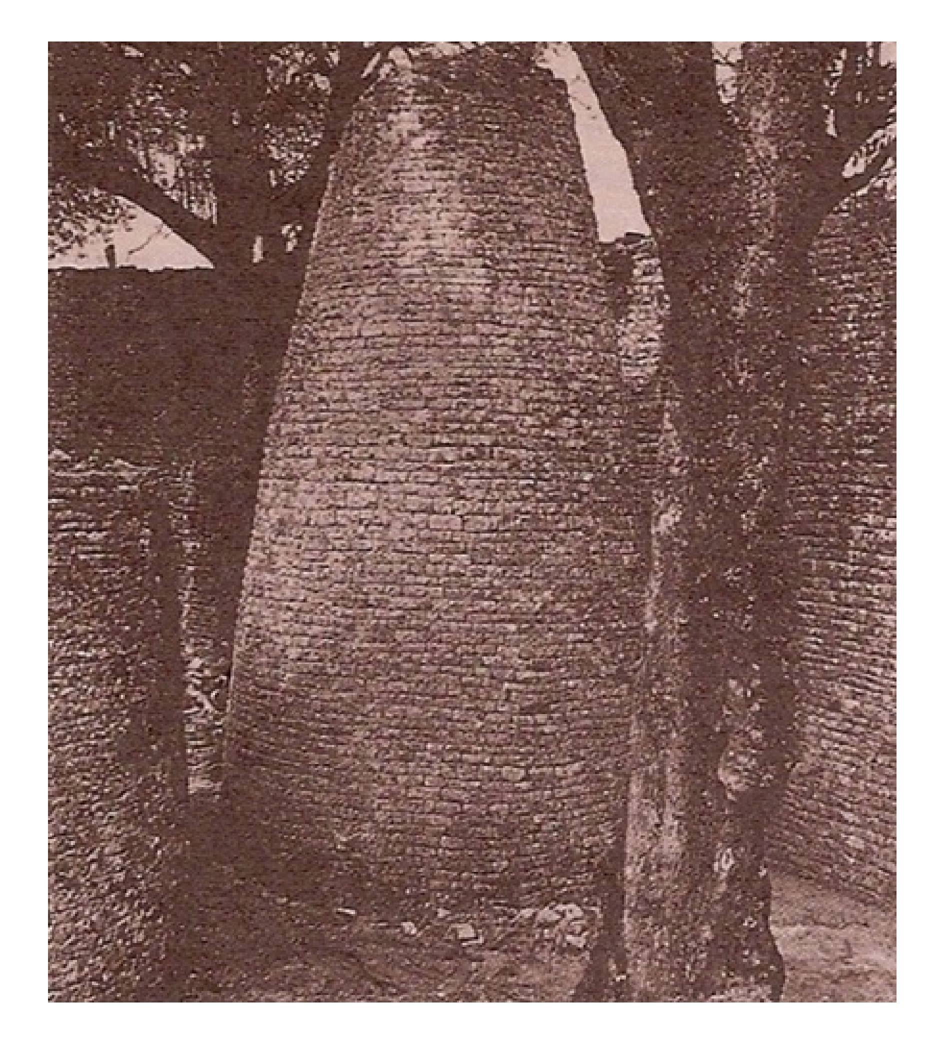
— En este periodo, la gran característica del continente negro fue un dinamismo histórico propio. No se puede explicar el desarrollo de las civilizaciones que florecieron entonces sobre el continente por una simple influencia del Islam, como se ha hecho hasta ahora, y como demuestran las brillantes civilizaciones de Benin, Kongo y Zimbabwe-Monomotapa, que echan por tierra semejante teoría, junto a las de Ghana, Malí y Songhay. África era un continente con un gran dinamismo histórico, y estaba muy poblado, principalmente al sur del Sahara.

Sin embargo, a partir del siglo XVI se aprecia algo nuevo en el ambiente histórico africano. Por un lado, los Estados musulmanes del norte del continente, que hasta entonces habían representado un papel beneficioso como intermediarios entre sus países y el África negra, se van a lanzar a la realización de una gran política expansionista. Por otro, los europeos, que desde su aparición en las costas africanas y hasta entonces se habían limitado a servirse de las relaciones que los árabes mantenían con África negra, van a comenzar a conocer África por sí mismos, a establecer y a intervenir en los asuntos del continente, y seguidamente a utilizarlo para sus fines.

Todo ello señalaba el comienzo de una nueva y sombría época en la historia de África. Como diría D. T. Niane, el siglo XVI representa un giro importante y transcendental en la historia del continente negro.

Bibliografía

Ibn Battuta, *Voyages*. Dakar, Fac. Lettres, 1966. Ibn Khaldun, *Histoire des Berbères*. París, Casanova-Geuthner, 1956, 4 t. y *Discours sur l'Histoire Universelle*. Beirut, Coll. UNESCD, 1967-68, 3 vol. León el Africano, *Description de l'Afrique*. París, Maisonneuve, 1956. Ch. Anta Diop, *L'Afrique noire précoloniale*. París, Présence Africaine, 1987. I. Baba Kake, E. M'Bokolo, *Histoire générale de l'Afrique*. Vol. 2: *L'ère des grands empires. Le Moyen Age africain*. París, ABC, 1977. J. Boulegue, *Le Grand Jolof (XIII-XVI siècle)*. París, Ed. Facades, 1987. C. Coquery-Vidrovitch, Dir., *La Découverte de l'Afrique*. París, Ed. R. Julliard, 1965. R. Cornevin, *Histoire de l'Afrique*. T. I: *Des origines au XVI siècle*. París, Payot, 1967. H. Deschamps, Dir., *Histoire générale de l'Afrique noire*. T. I: *Des origines à 1800*. París, P.U.F., 1970. H. Deschamps, *L'Afrique noire précoloniale*. París, P.U.F., 1969. J. Ki-Zerbo, *Historia del África negra*. I: *De los orígenes al siglo XIX*. Madrid, Alianza, 1980. S. Mody Cissoko, *Tombouctou et l'Empire Songhai*. Dakar, Nouv. Ed. Africaines, 1975, D. T. Niane, Dir., *Historia general de África*. IV: *África entre los siglos XII y XVI*. Madrid, Tecnos-Unesco, 1985. R. Oliver, Ed., *History of Africa*. Vol. 3: *From 1050 to 1600*. Cambridge Univ. Press, 1977. D. Paulme, *Les civilisations africaines*, París, P.U.F., 1961. J. Suret-Canale. *África negra. Geografía, Civilización, Historia*. La Habana, Ed. Política, 1963. Y. Tata Cisse, *La grande geste du Mali (Des origines a la fondation de l'Empire)*, París, Karthala, 1988.



Torre cónica de Zimbabwe.

Los Imperios africanos

Textos

La ciudad de Ghana

GHANA está formada por dos ciudades situadas en una planicie. La que habitan los musulmanes es muy grande y contiene doce mezquitas; en la ciudad viven jurisconsultos y hombres eruditos. En los alrededores hay varios pozos de agua dulce que abastecen a la población, junto a los cuales se cultivan legumbres.

La ciudad ocupada por el rey se encuentra a seis millas de esta y tiene el nombre de El-Ghaba. El territorio que las separa se encuentra lleno de casas. Los edificios están construidos con piedras y madera de acacia. La casa del rey está formada por un castillo y varias chozas de techo redondo, con una valla que cerca el conjunto de los edificios.

Este castillo, sólidamente construido, bien fortificado y con un interior ornamentado por diversas esculturas, pinturas y vidrieras, fue edificado en el año 510 de la Héjira.

En la ciudad del rey, no lejos del tribunal real, está situada una mezquita donde los musulmanes encargados de las misiones junto al príncipe se dirigen para rezar. Cerca se encuentran las casas de los hechiceros del país, encargados del culto religioso; en ellas están colocados los ídolos y los túmulos de los soberanos… pues la religión de estos negros es el paganismo y el culto de los hechizos. A la muerte del rey, se construye con madera de *sadj* una gran cúpula que colocan en el lugar que va a servir de túmulo; enseguida acuestan el cuerpo sobre un canapé cubierto de tapetes y almohadas, y lo colocan en el interior de la cúpula; junto al muerto depositan sus vestidos, sus amas, los platos y las tazas con los que come o bebe las diversas comidas y bebidas. Cercan el monumento con un foso con un único pasaje, destinado a los que quieren aproximarse. *(AL-BAKRI, «Description de l'Afrique septentrionale», París, 1859).*

Los confines de Ghana

LA ciudad negra más próxima a la región de los Beni Djodala límite extremo del territorio donde se profesa el islamismo, se llama Sangana; se encuentra a seis días se distancia y está formada por dos ciudades

separadas por el Nilo (Senegal): la región presenta una serie ininterrumpida de lugares habitados hasta el océano. En dirección hacia el suroeste, se encuentra la ciudad de Tekrur, situada junto al Nito y habitada por negros que eran paganos, al igual que los otros pueblos negros, y adoraban ídolos. Uardjabi, hijo de Rabís, que fue rey, abrazó el islamismo; murió en 432. Actualmente, los habitantes de Tekrur son musulmanes.

De Tekrur pasamos para Silla, ciudad construida, como la precedente, en las dos márgenes del Nilo. De Silla a la ciudad de Ghana hay una distancia de veinte días de jornada, a través de varios territorios negros. El rey de Silla continúa combatiendo a los negros infieles, los más próximos de los cuales habitan la ciudad de Calenbu, a un día de marcha; en Terenca, próximo a Calenbu, se fabrican los *chiguya*, pequeños taparrabos de algodón que sirven como moneda, con un tamaño y longitud de cuatro palmos…

El territorio habitado por los negros se extiende desde Terenca hasta el país de los Zafcu, pueblo negro que adora una serpiente semejante a una enorme boa. Junto a este pueblo habitan los El-Feruin, cuyo territorio constituye un reino independiente…

Sama, una de las provincias que dependen de Ghana y que está a cuatro días de distancia, está habitada por un pueblo llamado El-Bekem… Los Bekem son hábiles arqueros y utilizan flechas envenenadas.

A quince días de Ghana se encuentra la ciudad de Kugha, cuyos habitantes son musulmanes, aunque toda la población de los alrededores continúe infiel. La mayor parte de las mercancías que para allá se llevan son sal, cuero, cobre. En las localidades vecinas hay muchas minas que suministran polvo de oro; de todos los países negros, éste es su mayor productor. *(AL-BAKRI, «Description de l’Afrique septentrionale», París, 1859).*

De Ghana a Malí

EN el tiempo en que el imperio de los almorávides comenzaba a implantarse, se desmoronaba el reino de Ghana: por eso este pueblo extendió su dominio sobre los negros, devastó su territorio y se apoderó de sus bienes. Los sometió a impuesto, les impuso un tributo y obligó a gran parte de ellos a abrazar el islamismo. Una vez aniquilada la autoridad de los

soberanos de Ghana, sus vecinos del lado de Oriente, los Sussu, subyugaron este país y redujeron a los habitantes a la esclavitud. Más tarde, la población de Malí aumentó de tal manera que se apoderaron de toda la región, dominando a los negros de los territorios vecinos. Derrotó a los Sussu, ocupó todos los Estados que constituían ese antiguo reino y extendió su dominio desde el reino de Ghana hasta el océano Atlántico. Profesaban el islamismo y se dice que el primero de ellos en abrazar esta religión fue el rey Bermendana, que fue en peregrinación a La Meca, así como sus sucesores. El más poderoso de estos monarcas fue el que sometió a los Sussu, ocupándoles las ciudades y retirándoles la autoridad soberana. Se llamaba Mari Diata y reinó durante veinticinco años. *(IBN KHALDUN, «Histoire des Berbères», Argel, 1852-58, t. II).*

El imperio de Malí

MANSA Musa, hijo y sucesor de Ali Bakr, se distinguió por su poder y por la santidad de su vida. Administró de una forma tan justa que su recuerdo permanece vivo. Hizo una peregrinación en el año 724 de la Héjira: doce mil jóvenes esclavos, vistiendo túnicas de brocado y seda del Yemen, transportaban los equipajes. Se llevó de su país ochenta cargamentos de oro en polvo, cada uno de los cuales pesaba tres quintales; este polvo se transportaba habitualmente cargado en las espaldas de los esclavos o de hombres libres; pero en viajes largos, como esta ida a La Meca, se sirvió de camellos.

Mansa Musa encontró en La Meca al poeta español Abu-Ishac-Ibrahim-Es-Saheli, más conocido por el nombre de Tueidjen, y lo llevó consigo al país de los negros. Al regresar a su capital, mandó construir una sala de audiencias sólidamente edificada y revestida de estuco; efectivamente, edificios de este género eran desconocidos en su país. Abu-Ishac-Es-Tueidjen, hombre muy hábil en varios oficios, se encargó de realizar la voluntad del rey y construyó una sala cuadrada con una cúpula encima.

El sultán Mansa Musa mantenía relaciones amistosas con el sultán merinida Abu-Al-Hcen, y los dos monarcas se mandaban presentes uno al otro por intermedio de altos personajes de las respectivas cortes. El sultán magrebí mandó enviar con una escolta los más bellos productos de su reino y

encargó al emir llevar este presente verdaderamente real al sultán de los negros. Lo acompañaba una delegación formada por los personajes más importantes del imperio. La magnificencia de aquel regalo se tomó en un asunto de todas las conversaciones.

La ofrenda fue recibida por Mansa Soleimán, sucesor de Mansa Musa: el príncipe negro quiso corresponder con algo equivalente y mandó reunir los más raros y curiosos productos de su país. La muerte de Mansa Soleimán, ocurrida en la misma época, impidió a la caravana continuar su camino. En este tiempo, estalló una guerra civil en el reino de Malí: varios príncipes intentaron apoderarse del trono y se mataron los unos a los otros. El desorden se terminó con la conquista del poder por Mansa Diata. Este príncipe, al examinar los negocios del reino, descubrió que los presentes enviados al sultán del Magreb todavía se encontraban en Ualata y ordenó inmediatamente que se hiciesen llegar a su destino.

Esta oferta llegó a Fez en el mes de Safer en 762. El día de su llegada a la ciudad constituyó una auténtica fiesta… La noticia de la llegada de esta embajada se extendió rápidamente. Los emisarios fueron hospedados por el sultán y, como este príncipe murió antes de que ellos partieran, fue el regente del imperio quien les entregó los presentes usuales y se despidió de ellos. *(IBN KHALDUN, «Histoire des Berbères», t. IV).*

El imperio de Songhay

EL sucesor de Silman Damo, Chi Alí, último rey de la dinastía de los Chi, fue un tirano, un libertino, un maldito, un opresor y todos cuantos lo rodeaban imitaban su innoble conducta. Nunca fue vencido y saqueó todas las regiones que codiciaba. Ninguno de sus ejércitos conoció la derrota desde que él estuvo al frente: siempre vencedor, nunca vencido. Atacó todas las regiones; todas las ciudades y aldeas desde el país de Kanta hasta Sibiridugu, cabalgando al frente de sus hombres, luchando contra sus pobladores y devastando sus territorios.

Chi Alí fue un rey tiránico, de una gran dureza de corazón… Los enemigos que más odiaba eran los fulas y no podía ver a uno sin matarlo, fuese quien fuese, sabio o ignorante, hombre o mujer. No aceptaba un sólo fula en la administración política o en la magistratura: diezmó a la tribu fula

de los sangaré… Sometía a las personas a toda clase de castigos; ora las mataba por el fuego, ora las emparedaba, dejándolas morir así, ora abría el vientre de una mujer viva para sacarle de dentro el feto. *(MAHMOUD KATI, «Ta'Rikh-al-Fattash» (S. XVI), París, 1913).*

La ciudad de Tombuctu

AUNQUE fuera yo más elocuente y mi pluma más dócil, hubiera sido incapaz de describir lo que se siente cuando, tras semanas de agotadora travesía, con los ojos lacerados por los vientos de arena, la boca tumefacta por un agua salada y tibia, el cuerpo abrasado, sucio, dolorido de mil agujetas, se ven aparecer por fin los muros de Tombuctú. Es cierto que, al salir del desierto, todas las ciudades son bellas, todos los oasis se asemejan al jardín del Edén. Pero en ningún otro lugar me ha parecido la vida tan sonriente como en Tombuctú.

Habíamos llegado a la puesta del sol; nos esperaba un destacamento de soldados enviados por el señor de la ciudad. Como era demasiado tarde para que nos recibiera en palacio, nos condujeron a unos alojamientos previstos para nosotros, según el rango de cada cual. Mi tío se instaló en una casa próxima a la mezquita; a mí me correspondió una amplia habitación que daba a una plaza bulliciosa pero que estaba empezando a vaciarse…

En la corte de Tombuctú, el ritual es preciso y suntuoso. Cuando un embajador consigue una entrevista con el señor de la ciudad, debe arrodillarse ante él, rozando el suelo con el rostro, coger con la mano un poco de tierra, rociarse con ella la cabeza y los hombros. Los súbditos de este príncipe deben hacer lo mismo, pero sólo la primera vez que le dirigen la palabra; para las entrevistas sucesivas, se simplifica el ceremonial. El palacio no es grande pero sí de aspecto harto armonioso; lo construyó, hará unos dos siglos, un arquitecto andaluz conocido con el nombre de Ishak el Granadino.

Aunque vasallo del Askia Mohamed Turé, rey de Gao, de Malí y de otras muchas comarcas, el señor de Tombuctú es un personaje considerable, respetado en todo el territorio de los negros. Dispone de tres mil soldados a caballo y de una infinidad de soldados de infantería armados con arcos y flechas envenenadas. Cuando se desplaza de una ciudad a otra, monta en camello así como las personas de su corte y llevan consigo caballos

conducidos a mano por lacayos. Si se topa con enemigos y tiene que luchar, el príncipe y sus soldados montan a toda prisa en los caballos, mientras que los lacayos traban a los camellos. Cuando el príncipe logra una victoria, captura y vende a toda la población que había luchado contra él, adultos y niños; por eso hay en las casas de la ciudad, aunque sean modestas, gran cantidad de esclavos de ambos sexos. Algunos amos utilizan a las esclavas para vender diversos productos en los zocos. Se las reconoce con facilidad, pues son las únicas mujeres de Tombuctú que no llevan velo. Buena parte del pequeño comercio está en sus manos, sobre todo la alimentación y todo lo que con ella se relaciona, actividad particularmente lucrativa, pues los habitantes de la ciudad se alimentan bien: granos y ganado abundan; el consumo de leche y mantequilla es considerable. Sólo escasea la sal y, más que echarla en los alimentos, los habitantes tienen en la mano trozos que lamen de vez en cuando entre dos bocados.

Los habitantes de la ciudad son, a menudo, ricos, sobre todo los mercaderes, numerosísimos en Tombuctú. El príncipe los trata con mucho miramiento aun cuando no sean de allí —incluso ha dado a dos de sus hijas en matrimonio a dos comerciantes extranjeros debido a su fortuna—. Se importan en Tombuctú toda clase de productos, sobre todo telas de Europa que se venden mucho más caras que en Fez. Para las transacciones no se utiliza moneda acuñada sino trozos de oro puro; los pagos pequeños se efectúan con cauris, que son unas conchas que proceden de Persia y de las Indias.

Mis días tanscurrían deambulando por los zocos, visitando las mezquitas, intentando hablar con cualquier persona que supiera algo de árabe y anotando, a veces, por la noche, en mi habitación, lo que había observado, ante la mirada admirativa de Hiba. Nuestra caravana debía permanecer una semana en Tombuctú, antes de dirigirse hacia Gao, residencia de Askia, última etapa de nuestro viaje. *(AMIN MAALOUF, «León el Africano», Madrid, Alianza Ed., 1988).*

El conocimiento de Tombuctú

EL 1.º de Julio de 1880, a los siete meses de nuestra salida de Tetuán, llegamos a la ciudad de Timbouctou, objeto principal de nuestro viaje.

Varios han sido los europeos que la han visitado, aunque partiendo de diferentes puntos del África. La mayor parte han sucumbido durante el viaje, y otros que lo intentaron, no pudieron realizarlo por impedírselo los habitantes de los países que atravesaban. El primero que tuvo la fortuna de poner los pies dentro del recinto de dicha ciudad, fue el francés Francisco René Caillé, que, en el año 1828, deseoso de ganar el premio de diez mil francos que había ofrecido la Sociedad de Geografía de París, se dirigió al Senegal, en donde residió un corto tiempo, y de allí pasó al país árabe llamado *Trarsa*, en el que aprendió el árabe y costumbres de aquel pueblo. Conocedor de dicho idioma y costumbres de aquellas gentes, partió para Sierra Leona, diciendo ser un egipcio que, en su juventud, había sido hecho prisionero por los franceses, y que, después de haber podido escapar de éstos, quería regresar a su patria.

A pie recorrió el país de *Bámbara*, en el que se reunió a una gran caravana que se dirigía a Timbouctou, con la que viajó algunos días; mas, habiendo caído enfermo, se tuvo que separar de ella y quedarse en el camino hasta restablecerse. Más tarde, ya completamente restablecido, se dirigió a *Deyenni* sobre el río Níger, embarcándose en una piragua de las que usan los negros para transportar sus mercancías por este río; y al cabo de un penoso viaje, pudo llegar a Timbouctou, en cuya ciudad permaneció algún tiempo; y uniéndose después a una caravana que se dirigía a Marruecos, llegando a Tánger después de un largo y penosísimo viaje lleno de trabajos y privaciones.

A su llegada a París, se presentó a la Sociedad de Geografía, que, enterada de las noticias que deseaba, le entregó los diez mil francos de premio, y dicha Sociedad publicó en 1830 las noticias de su viaje.

El segundo europeo que nos ha dado noticias de Timbouctou, ha sido el alemán, Enrique Barth, hombre científico e instruido, que en el mes de Septiembre de 1853, marchó Níger arriba hasta desembarcar en *Cabra*, y continuó por tierra su camino hasta llegar a Timbouctou, en cuya ciudad permaneció siete meses bajo la protección del Xerif *Sidi Mohommed el-Beccai*, jefe de la poderosa familia llamada *Sidi el-Mojlar el-Konti*, en la que reside la jefatura de la secta de los *yilalas*, que cuentan por su antecesor el santón *Muley Abdelkáder Yilali*, que murió en la ciudad de Bagdad, en la Siria. Bajo la protección de esta familia, pudo residir en Timbouctou hasta que los *fuláns*, que la dominaban en aquella época, sospecharon de Barth que, para escapar del fanatismo de ellos, tuvo que atravesar el desierto de Sáhara

en dirección a Trípoli, a donde llegó después de un viaje lleno de mil vicisitudes.

Se cree que el francés Pablo Imbert y el inglés Alejandro Gordón Laing, han estado en Timbouctou; mas, como éstos fueron muertos antes de concluir su expedición, no ha llegado a nosotros noticia alguna de ellos.

Timbouctou, llamada por los franceses *Tombuctú*, y cuyo nombre es el que yo menciono, por ser el que le dan los naturales de ella, está situada a unos quince kilómetros al N. de la orilla izquierda del río Níger, y a 246 pies de altura sobre el nivel del mar; siendo su posición geográfica 17° 40’ latitud N. y 3° 30’ longitud OE. de Greenwich: se cree que fue fundada por los *tuaregs*.

El clima es templado, aunque malsano a causa del paludismo que reina en aquella región, debido a las emanaciones del brazo del Níger que corre junto a la población. El número de sus habitantes es de 20.000, próximamente, divididos en familias, de las que las más principales son los *ermás, fuláns, berabjsh, tuaregs, bámbaras, mandingos,* y algunos árabes del Norte del África.

Los ermás dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al Sultán magrebino Muley Ahmed ed-Dahabi a la conquista del Sudán, los cuales, terminada ésta, se establecieron en Timbouctou, llegando a degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con los naturales; si bien conservan la regularidad en sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de que proceden. Éstos son los más nobles y considerados de la población; y de entre ellos, es, por lo regular, escogido el Kahia o Gobernador de ella, bien sean los tuaregs, los fuláns o los bámbaras, los que dominen en la ciudad.

Después de los ermás —tiradores—, vienen los fuláns, que fueron señores de Timbouctou los cuales se distinguen por su fanatismo religioso y por tener las facciones algo parecidas a los ermás: son oriundos, principalmente, de los llamados *hausa, muasena* y *sansandi*.

Los bámbaras son el tipo perfecto del etíope, con sus labios gruesos, nariz chata, y miembros desproporcionados y mal formados; es gente despreciable para los del país, por no ser considerados como buenos musulmanes.

Por último, se ven algunos tuaregs; éstos son dignos de estudio por su tipo y por sus costumbres. Visten una *derráa*, o camisa ancha de tejido de algodón azul muy ordinario, que les llega hasta la rodilla y la sujetan a la cintura con un cinturón de piel cruda de toro, de la que pende una larga espada de dos filos; usan además un pantalón bombacho del mismo género que la derráa,

que les llega hasta los tobillos; y con un pedazo de la misma tela se cubren desde el nacimiento de la nariz hasta más abajo de la barba, sin que lo levanten jamás delante de extraños. Otro pedazo de la misma tela lo envuelven alrededor de la cabeza, dejando libre el occipucio, de cuya parte sale una abundante melena que les cae sobre el cuello por encima del pedazo de tela que les envuelve la cabeza. En esa especie de turbante llevan prendidos una infinidad de amuletos metidos en cajitas de hoja de lata o metal, que cierran a martillo: sobre el pecho llevan otros cuantos amuletos metidos en cajas como las antedichas. Sus armas son, además de la espada de dos filos ya mencionada, un gran puñal de la misma forma que la espada, que llevan en el brazo izquierdo, sujeto por un aro de cuero, una lanza corta de hierro con dos puntas, y una adarga de piel de buey curtida al sol.

Montan sobre caballos pequeños que no hierran nunca. La montura que usan es parecida a nuestra silla jerezana, y sus estribos son tan pequeños que no pueden meter en ellos más que el dedo grueso del pie: son tan ágiles, que no se sirven de los estribos para montar, sino que, apoyándose en su lanza, saltan sobre la silla y, una vez sobre la cabalgadura, colocan los dedos en su sitio.

No usan armas de fuego por considerarlas armas de cobardes, y para contrarrestar el poder de éstas, compran esclavos negros a quienes se las dan y hacen uso de ellas contra los enemigos que les vienen a atacar; jamás se ha visto tuareg alguno llevarlas, sino sus armas blancas; y son tan arrojados, que acometen con ellas a sus enemigos, sin preocuparse del fuego que les hacen.

Se creen conquistadores de la población, y por tanto, dueños de cuanto ésta encierra. Entran, si no de grado, a viva fuerza, en las casas; y para deshacerse de ellos no hay más remedio que darles alguna cosa, por insignificante que sea, pues a veces se contentan con un metro de tejido de algodón blanco o azul…

Los tuaregs viven en la holganza o haciendo la guerra a sus vecinos; cuando están en paz con éstos, se hacen la guerra entre sí las cuatro grandes familias de que se componen; habitan en el Sáhara, toda la región llamada *Tuat*, que es de la que toman el nombre; sus mujeres se dedican a la cría de ganados y a todo lo que no sea pelear.

Los demás habitantes de Timbouctou son una mezcla de todas partes del África, muy difícil de detallar, pues se ven gentes de Trípoli, Túnez, Argelia, Marruecos, árabes del Sáhara, negros bámbaras, mandingos, fuláns, futas del Hausa, de Muasena, Sansandi, etc.

La ciudad de Timbouctou está rodeada de un inmenso bosque de mimosas; las casas están fabricadas con barro, por no existir piedra alguna, y la mayor parte de ellas tienen dos pisos. Está dividida en siete barrios, llamados *Sanegungu, Yubu, Sanguéreber, Soracaina, Yubacaina, Baguindi* y *Sancoré*: el principal y donde reside la gente rica es el Sanguéreber, que fue en el que habitamos nosotros, por ser el cuartel donde residen los ermás.

Hay seis grandes mezquitas; la principal es la llamada por los negros *Sanguéreber*, y por los árabes *Yama el-Quebir* —mezquita grande—, *Sancoré, Sidi Yiahia, Sidi Hach Mohammed, Emsid Blal* y *Sidi el-Bami*. De todas ellas, lo único que llama la atención del viajero es el atrevimiento de fabricar torres de diez metros de elevación sin emplear otro material que el barro seco al sol.

La población no tiene defensa natural ni artificial; así es que el que vence a los dominadores es el dueño de ella, sin tener que hacer otra cosa más que ocuparla.

Los alrededores no producen más que *sorgo* —Holculs sorghum, Linneo —, maíz y muy buen trigo. Éste fue importado por Muley Ahmed ed-Dahabi, y hacen de él un excelente pan, siendo muy curioso el modo que tienen de moler el grano para convertirlo en harina.

En Timbouctou se encuentra de venta cuanto producen el África y los africanos; aunque la población nada produce, porque los pue blos del interior del Sudán y del N. y S. del continente, llevan sus productos a vender o cambiar en ella, que por su posición geográfica sirve de depósito general.

El comercio principal consiste en la sal que de Taudenni llevan en pedazos de unos treinta kilos llamados *ras*, y que vale cada uno un *mezcal* de oro —quince pesetas—; la venden para el interior del África y el Sudán, en donde la sal es escasísima, y las ventas o cambios se verifican por oro en polvo, pulseras, dijes, pendientes para las orejas y nariz, esclavos negros, plumas de avestruz, marfil, goma, etc.; del N. del África se reciben tejidos ordinarios de algodón blanco y teñidos de azul, azúcar, té verde, bujías, etc. *(CRISTÓBAL BENÍTEZ, «Viaje a Timbouctou», 1880, Madrid, Laertes Ed., 1987).*

El reino del Congo antes de 1500

EL reino se divide en seis provincias: Bamba, Sogno, Sundi, Pango, Batla y Pemba. La de Bamba, la más extensa y la más rica, está gobernada por Dom Sebastião Mani Mamba, primo del rey dom Alvaro, muerto recientemente; está situada a lo largo del litoral desde el río Ambrize, en dirección sur, hasta el río Coanza; numerosos señores dependen de él y entre los principales están: Dom Antonio Maní Bamba, hermano de dom Sebastião y vicegobernador; Maní Lemba; Maní Dandi; Maní Bango; Maní Luanda que está al frente de la isla de Luanda; Maní Corimba; Mani Coanza; Maní Cazzani. Todos estos señores ejercen su autoridad sobre la parte costera del país. En el interior, en la parte de Angola, se citan a los Ambundo, que dependen igualmente de Maní Bamba: son los Angasi (Ngasi), Ehinghengos (Kungengos) motollos, Cabondas y otros muchos de sangre menos alta. Observad que la palabra *mani* significa señor y que la segunda parte de los nombres designa el país, el señorío. […] Bamba, como hemos dicho, es la provincia principal del Congo; es la llave del reino, su escudo, su espada, su defensa, su bastión ante el enemigo […] sus habitantes son valerosos y siempre dispuestos a tomar las armas, a rechazar a los enemigos que llegan a Angola […]. *(F. PIGAFETTA, D. LOPEZ, «Descripción del reino de Congo y las regiones que le rodean», Lisboa, 1951).*